

# NUESTRO PUEBLO

(THORNTON WILDER)

## PERSONAJES:

Jefe de Escenario

Dr. Gibbs

Joe Crowell, hijo

Sra. Gibbs

Sra. Webb

George Gibbs

Reveca Gibbs

Wally Webb

Emily Webb

Profesor Willard

Sr. Webb

Una mujer en la Platea

Un hombre del Público

Una señora en un Palco

Simón Stimson

Sra. Soames

Alguacil Warren

Sr. Crowell

Tres jugadores de béisbol

Sam Craig

Joe Stoddard, empresario de pompas fúnebres

Ayudantes del jefe de escenario

Toda la obra se desarrolla en Grover's Corners, New Hampshire,  
entre 1901 y 1913.

## ACTO PRIMERO

Ni telón, ni escenografía.

El público al llegar, verá el escenario vacío y a media luz. Entretanto, el jefe del escenario, con sombrero puesto y pipa en la boca, entra y comienza a colocar una mesa y tres sillas en primer plano a la izquierda y una mesa y tres sillas en primer plano a la derecha.

Derecha e izquierda, las del actor. Cuando las luces de la sala comienzan a apagarse, habrá terminado de arreglar la escena y, apoyado en el pilar derecho del arco del proscenio, observará la llegada de los últimos espectadores. Al hacerse oscuridad completa, comienza a hablar:

Jefe de escenario: Esta obra se llama Nuestro pueblo. Fue escrita por Thornton Wilder; dirigida por A... y en ella verán ustedes a la señora C..., a la señorita D..., a la señorita E... y a los señores E..., G..., H... y muchos otros. El nombre del pueblo en cuestión es Grover's Corners, en New Hampshire, ahí al cruzar el límite del estado de Massachusetts: latitud 42 grados, 40 minutos; longitud, 70 grados, 37 minutos. El primer acto muestra un día en nuestro pueblo. El día es el 7 de mayo de 1901. La hora es un momento antes del amanecer. *(Se oye el canto de un gallo)*. El cielo comienza a mostrar algunos rayos de luz allí por el Este, detrás de nuestra montaña. El lucero del alba siempre brilla de lo mejor un minuto antes de tener que irse, ¿verdad? *(Lo contempla en momento, entonces va hacia el fondo.)* Bueno, mejor les enseño la disposición de nuestro pueblo. Aquí *(Paralelo a la pared del fondo.)* está la avenida Central. Hacia allá *(A la derecha)*. está la estación de trenes; las vías en esta dirección... el barrio polaco está al otro lado de la vía y algunas familias canadienses. *(A la izquierda.)* Allí está la iglesia congregacional; al otro lado de la calle, la presbiteriana. La metodista y la unitaria están por allá. La bautista en la hondada junto al río. La católica está detrás de la línea del ferrocarril. Aquí están el ayuntamiento y la oficina de correos combinados; la cárcel está en el sótano del edificio. Bryan una vez hizo un discurso desde estos mismos escalones. Por aquí hay un grupo de tiendas. Delante, postes para amarrar los caballos. El primer automóvil llegará dentro de unos cinco años: perteneció al banquero Cartwright, el ciudadano más rico del pueblo... vive en la casa blanca grande en lo alto de la loma.

Aquí está el almacén de víveres y aquí, la droguería de Morgan. Casi todo el mundo en el pueblo se las arregla para entrar en estas dos tiendas una vez al día. La escuela pública está allá lejos. El preuniversitario está más allá todavía. A las nueve menos cuarto de la mañana, al mediodía y a las tres de la tarde, el pueblo entero puede oír la gritería de los muchachos en los patios de las dos escuelas. (*Se acerca a la mesa y sillas a la derecha*). Ésta es la casa de nuestro médico, el Dr. Gibbs. Ésta es la puerta trasera. (*Alguien introduce dos enrejados en forma de arco que aparecen por cada uno de los lados del proscenio*.) Aquí hay un poco de escenografía para los que creen que tiene que haber escenografía. Éste es el jardín de la Sra. Gibbs. Maíz... habichuelas... heliotropos... malvas... y una gran cantidad de hierbabuena. (*Atraviesa la escena*.) En aquellos días nuestro periódico salía dos veces por semana. El Centinela de Grover's Corners, y ésta es la casa del editor, el Sr. Webb. Éste es el jardín de la Sra. Webb. Igualito que el de la Sra. Gibbs, sólo que tiene, además, un buen número de girasoles. (*Mira hacia arriba, en el centro de la escena*.) Aquí.. hay un gran nogal. (*Regresa a su sitio junto al pilar derecho y mira al público un momento*.) Lindo pueblo, ¿no es verdad? Nadie muy notable salió de aquí, al menos que sepamos nosotros. Las lápidas más antiguas del cementerio allá en la montaña leen 1670 ó 1680; allí están los Grover y Cartwright y los Gibbs y Hersey: los mismos apellidos que existen ahora aquí. Bueno, como decía: es cerca del amanecer. Las únicas luces encendidas en el pueblo se encuentran en una cabaña cerca de la vía del ferrocarril, donde una madre polaca acaba de dar a luz jimaguas. Y en la casa de Joe Crowell, donde Joe hijo se está levantando para repartir el periódico. Y en la estación, donde Shorty Hawkins se está preparando para hacerle señas al tren de las 5:40 rumbo a Boston. (*Se oye el silbido de un tren. El jefe de escenario saca su reloj y asiente con la cabeza*.) Naturalmente, afuera, en el campo -por todas partes- hace mucho rato que las luces están encendidas, para los ordeños, etc. Pero la gente del pueblo duerme hasta tarde. Pues, comenzó otro día.

Ahí viene el Dr. Gibbs por la avenida Central, de regreso de caso de parto de que hablábamos antes. Y aquí está su esposa que baja la escalera para hacer el desayuno. (*La Sra. Gibbs una mujer rozagante y de aspecto agradable, de unos 35 años, "baja" por la escalera de la derecha, alza una cortina imaginaria en la ventana de la cocina y comienza a hacer fuego en la hornilla*.) El Dr. Gibbs murió en 1930. El nuevo hospital lleva su nombre; la Sra. Gibbs murió primero, bueno, hace mucho tiempo. Fue a visitar a su hija Rebeca, quien se había casado con un agente de seguros en Canton, Ohio y murió allí, de

pulmonía, pero trajeron el cadáver para acá. Ahora está allí en el cementerio en medio de la confusión de los Gibbs y Hersey. Era Julia Hersey antes de casarse con el Dr. Gibbs en la iglesia congregacional. En nuestro pueblo nos gusta saber las cosas de todo el mundo. Allí está la Sra. Webb, bajando la escalera para preparar el desayuno. Ése es el Dr. Gibbs; recibió esa llamada a la una y media de la madrugada; y ahí viene Joe Crowell hijo repartiendo El Centinela del Sr. Webb.

*El Dr. Gibbs ha ido avanzando a lo largo de la avenida Central desde la izquierda. En el sitio en que debe doblar para dirigirse a su casa, se detiene, pone en el suelo su imaginario maletín, se quieta el sombrero, y se seca la cara con fatiga, usando un pañuelo enorme. La Sra. Webb, una mujer delgada, frágil y grave, acaba de entrar en la cocina, atándose el delantal. Realiza las acciones de poner leña en el fogón, de encenderlo y preparar el desayuno. De repente, Joe Crowell hijo, de 11 años, atraviesa la avenida Central desde la derecha, lanzando periódicos imaginarios a los portales.*

- |                    |  |
|--------------------|--|
| Joe Crowell, hijo: | Buenos días, Dr. Gibbs.  |
| Dr. Gibbs:         | Buenos días, Joe.  |
| Joe Crowell, hijo: | ¿Algún enfermo, doctor?  |
| Dr. Gibbs:         | No, sólo que acaban de nacer jimaguas en el barrio polaco.                 |
| Joe Crowell, hijo: | ¿Quiere su periódico ahora?  |
| Dr. Gibbs:         | Sí, dámelo. ¿Ha pasado algo serio en el mundo desde el miércoles?          |
| Joe Crowell, hijo: | Ya lo creo, mi maestra se casa con un señor de Concord.                    |
| Dr. Gibbs:         | Vaya, vaya. ¿Y qué les parece eso a ustedes los Muchachos?                 |
| Joe Crowell, hijo: | Bueno, la verdad que eso no es asunto mío, pero creo que si una persona se |

prepara para ser maestra, debería serlo siempre.

Dr. Gibbs: ¿Qué te dice hoy? ¿Va a llover?

Joe Crowell, hijo: No.

Dr. Gibbs: ¿Seguro?

Joe Crowell, hijo: Sí, señor.

Dr. Gibbs: ¿La rodilla nunca se equivoca?

Joe Crowell, hijo: No, señor. *(Joe se va. El Dr. Gibbs permanece de pie leyendo su periódico.)*

Jefe de escenario: Quiero decirles algo de ese muchacho, Joe Crowell. Joe era excepcionalmente brillante. Se graduó en la secundaria aquí, el primer expediente de su clase. Por eso se ganó una beca para el Instituto Tecnológico de Massachusetts; allí fue el primer expediente de la clase también. Salió en un periódico de Boston por aquella época. Iba a ser un gran ingeniero, pero estalló la guerra y murió en Francia. Toda es educación para nada.

Howie Newsome: *(Sale por la izquierda.)* ¡Arriba, Bessie! ¿Qué es lo que te pasa hoy?

Jefe de escenario: Aquí viene Howie Newsome, repartiendo la leche.

*Howie Newsome, de unos 30 años con mecánicos, atraviesa la avenida Central desde la izquierda; camina junto a una yegua invisible que tira de una carreta y lleva un imaginario porta-litros con botellas de leche. Se oye el tintinear de las botellas de leche. Deja algunas botellas a la puerta de la Sra. Webb, y entonces atraviesa la escena hacia la casa de la Sra. Gibbs y se detiene en el centro para hablar con el Dr. Gibbs.*

- Howie Newsome: Buenos días, doctor.
- Dr. Gibbs: Buenos días, Howie.
- Howie Newsome: ¿Algún enfermo?
- Dr. Gibbs: Unos jimaguas en casa de la Sra. Goruslaw.
- Howie Newsome: Jimaguas, ¿eh? Este pueblo crece más cada año.
- Dr. Gibbs: ¿Crees que llueva, Howie?
- Howie Newsome: No, que va, buen día, va a calentar bien. Vamos, Bessie.
- Dr. Gibbs: ¿Qué hubo, Bessie? (*Da unas palmaditas a la yegua, la cual ha permanecido en el centro, atrás.*) ¿Qué edad tiene?
- Howie Newsome: Va para 17; Bessie está toda confundida con el camino desde que los Lockhart dejaron de comprar su litro diario. Quiere dejarles el litro igual que siempre. Se pone a refunfuñar durante todo el viaje. (*Llega a la puerta de la Sra. Gibbs. Ella lo está esperando.*)
- Sra. Gibbs: Buenos días, Howie.
- Howie Newsome: Buenos días, Sra. Gibbs. El doctor viene por ahí.
- Sra. Gibbs: ¿Ah, sí? Me parece que estás retrasado hoy.
- Howie Newsome: Sí, el separador no funcionaba bien, no sé qué cosa tenía. (*Se cruza con el Dr. Gibbs hacia el centro.*) ¡Doctor!
- Dr. Gibbs: ¡Howie!

- Sra. Gibbs: *(Llamando hacia arriba.)* Es hora de levantarse.
- Howie Newsome: ¡Vamos, Bessie! *(Sale por la derecha.)*
- Sra. Gibbs: ¡George! ¡Rebeca! *(El Dr. Gibbs llega a su puerta y entra en su casa)* ¿Todo anduvo bien, Frank?
- Dr. Gibbs: Sí, como si hubiesen sido gaticos.
- Sra. Gibbs: El tocino estará listo en un momento. Siéntate y toma el café. Supongo que puedas cogerte algunas horas de sueño ahora por la mañana, ¿no?
- Dr. Gibbs: ¡Hm...! La Sra. Wentworth viene a las once. Me imagino lo que tiene: su estómago no anda como debe.
- Sra. Gibbs: De modo que ni siquiera vas a poder dormir tres horas. Frank Gibbs, no sé lo que va a ser de ti. ¡Ojalá que te fueras por un tiempo a cualquier parte a descansar! Me parece que te haría bien.
- Sra. Webb: ¡Emiliiii! ¡Ya es hora de levantarse! ¡Willy! ¡Las siete!
- Sra. Gibbs: Oye, tienes que hablarle a George. Algo le pasa últimamente. No me ayuda en nada. Ni siquiera puedo conseguir que me corte la leña.
- Dr. Gibbs: *(Lavándose y secándose las manos en el fregadero. La Sra. Gibbs está ocupada en la hornilla.)* ¿Se pone zoquete contigo?
- Sra. Gibbs: No, pero no hace más que quejarse. No piensa más que en el béisbol. ¡George! ¡Rebeca! Van a llegar tarde a la escuela.
- Dr. Gibbs: M-m-m....

- Sra. Gibbs: ¡George!
- Dr. Gibbs: ¡George, arriba!
- George: *(Fuera de escena)*. ¡Sí, papá!
- Dr. Gibbs: *(Saliendo de escena.)* ¿No oyes que tu madre te llama? Me parece que voy arriba a echar un sueñito.
- Sra. Webbs: ¡Walliiii! ¡Emiliiii! Van a llegar tarde a la escuela. ¡Walliiii! Lávate bien o subo y te lavo yo.
- Rebeca Gibbs: *(Fuera de escena.)* ¡Mamá! ¿Qué vestido me pongo?
- Sra. Gibbs: No hagas ruido, niña. Tu padre ha estado fuera toda la noche y necesita dormir. Te lavé y te planché el de guinga azul.
- Rebeca Gibbs: Mamá, odio ese vestido.
- Sra. Gibbs: Niña, bajito.
- Rebeca Gibbs: Todos los días voy a la escuela vestida como un pavo enfermo.
- Sra. Gibbs: Vamos, Rebeca, que tú siempre luces muy bien.
- Rebeca Gibbs: Mamá, George me está tirando jabón.
- Sra. Gibbs: Voy a subir a arreglar cuentas con los dos. Ya lo saben.

*Se oye la sirena de una fábrica. Los niños entran y se sientan en sus puestos en las mesas. A la derecha, George, de unos 17 años y Rebeca de 11. A la izquierda, Emily y Wally, de las mismas edades respectivamente. Llevan libretas en sus portalibros.*



- Jefe de escenario: En el pueblo tenemos una fábrica también, fabrica colchas. Los Cartwright son los dueños y les ha producido una fortuna.
- Sra. Webb: ¡Niños! No se lo voy a aguantar, el desayuno es una comida tan importante como cualquier otra, y no les voy a permitir que la devoren como lobos. Eso les va a paralizar el crecimiento. Wally, cierra ese libro.
- Wally: ¡Ay, mamá, a las diez tengo que saberme todo sobre el Canadá!
- Sra. Webb: Tú sabes la regla mejor que yo. No se lee en la mesa. Yo prefiero que mis niños crezcan saludables a que sean brillantes.
- Emily: Yo soy las dos cosas, mamá. Tú lo sabes bien. Yo soy la niña más brillante de la escuela para mi edad. Tengo una memoria prodigiosa.
- Sra. Webb: Come, come.
- Wally: Yo soy brillante también, cuando me ocupo de mi colección de sellos.
- Sra. Gibbs: Le hablaré a tu padre acerca de eso cuando esté descansado. Me parece que 25 centavos por semana es suficiente para un muchacho de tu edad. Verdaderamente no me explico en qué lo gastas.
- George: ¡Ay, mamá!, tengo una pila de cosas que comprar.
- Sra. Gibbs: Batidos de fresa, en eso es en lo que lo gastas.
- George: No me explico cómo Rebeca puede tener tanto dinero. Tiene más de un peso.

Rebeca Gibbs: *(Con la cuchara en la boca, soñadoramente.)*  
Lo he ido ahorrando poco a poco.

Sra. Gibbs: Bueno, mi vida, creo que es bueno gastar algo de vez en cuando.

Rebeca Gibbs: Mamá, ¿sabes lo que más quiero en el mundo? ¿Sabes? ¡El dinero!

Sra. Gibbs: Bueno, come.

*(Se oye sonar la campana de la escuela.)*

Los niños: Mamá, ¡la primera campana!; me tengo que apurar. No quiero más. Me tengo que apurar.

*Los niños se levantan, recogen sus libros y se apresuran hacia la calle; se encuentran en el centro de la escena y, conversando, se dirigen hacia la avenida Central y allí doblan hacia la izquierda. El jefe de escenario sale a escena por la derecha.*

Sra. Webb: Vayan de prisa, pero no tienen que correr. Wally, recógete los pantalones en la rodilla. Párate derecha, Emily.

Sra. Gibbs: Denle mis felicitaciones a la Srta. Foster. ¿Se acordarán?

Rebeca: Sí, mami.

Sra. Gibbs: Luces muy, pero muy bien Rebeca. No arrastres los pies.

Todos: Adiós.

*(La Sra. Gibbs llena el delantal con comida para los pollos y avanza hacia las candilejas.)*

Sra. Gibbs: Pío, pío, pío... Pero, ¿qué es lo que te pasa a ti? ¡Pelear! ¡Pelear! ¡Pelear! Eso es todo lo que haces. ¡Hmmm...! ¡Ah!, no te asustes

tanto, nadie te va a hacer daño. (*La Sra. Webb, sentada en el banco, le está quitando las hebras a las habichuelas.*) Buenos días, Myrtle. ¿Cómo va tu catarro?

Sra. Webb: Bueno, todavía siento el cosquilleo en la garganta. Le dije a Charles que no sabía si iría al ensayo del coro esta noche. No me serviría de nada.

Sra. Gibbs: ¿Has tratado de cantar por encima de tu voz?

Sra. Webb: Sí..., pero ... no sé, no puedo hacer eso... y mantener el tono; mientras estoy descansando se me ocurrió quitar las hebras a estas habichuelas.

Sra. Gibbs: (*Arrollándose las mangas, mientras cruza la escena para conversar.*) Déjame ayudarte. Las habichuelas han salido buenas este año.

Sra. Webb: He decidido poner en conserva 40 frascos aunque me cueste la vida. Los niños dicen que las odian, pero he notado que son capaces de tragárselas todo el invierno. (*Pausa breve. Ruido de pollos piando.*)

Sra. Gibbs: Oye, Myrtle, tengo que decirte algo, porque si no se lo digo a alguien, voy a explotar.

Sra. Webb: Pero, ¿qué ha ocurrido, Julia Gibbs?

Sra. Gibbs: A ver, dame más habichuelas. Myrtle, ¿alguno de esos compradores de muebles de segunda mano de Boston vino a verte el viernes pasado?

Sra. Webb: ¿Por qué?

Sra. Gibbs: Bueno, pues uno de ellos vino a verme. Primero pensé que era un paciente que

quería ver al Dr. Gibbs. Logró meterse en la sala, y... Myrtle Webb, me ofreció \$350 por la consola de la abuela Wentworth. Creémelo como que estoy aquí sentada.

Sra. Webb:

¡Pero, Julia Gibbs!

Sra. Gibbs:

Así mismo es. Por ese trasto; imagínate, si era tan grande, que yo no sabía dónde ponerlo y casi que seloregalo al primo HesterWilcox.

Sra. Webb:

Bueno, supongo que aceptarás el trato, ¿no?

Sra. Gibb:

No sé.

Sra. Webb:

¿No sabes?... ¡Trescientos cincuenta dólares!... Pero, ¿qué es lo que te pasa?

Sra. Gibbs:

Bueno... Estuve tanteando el terreno un poco y le dije que si yo obtenía una herencia –eso es lo que le dije- , lo haría llevarme a cualquier parte.

Sra. Webb:

Mmmmmmmmm... ¿Y qué te dijo?

Sra. Gibbs:

Bueno, ya sabes cómo es él. No le he oído decir una sola palabra sería desde que lo conozco. Me dijo que lo podía indisponer con Grover's Corners el ir por ahí de correrías por Europa. Dice que más vale que dejemos a Europa en paz. Cada dos años hace un viaje a los campos de batalla de la Guerra Civil, y dice que con eso ya tiene bastante distracción.

Sra. Webb:

Bueno, Webb verdaderamente admira los conocimientos del Dr. Gibbs sobre la Guerra Civil. Webb tiene muchas ganas de abandonar a Napoleón y entregarse a la Guerra Civil. Pero el hecho de ser el Dr. Gibbs uno de los más grandes expertos del país, lo desanima.

Sra. Gibbs: Es así. El Dr. Gibbs nunca está tan contento como cuando se encuentra en Gettysburg. Las veces que he caminado por esas lomas, Myrtle, parándome en cada matica y recorriéndolo todo como si fuéramos a comprarlo.

Sra. Webb: Bueno, si ese comprador te ha hecho una oferta seria, Julia, ¡véndelo!, y entonces podrás ver París. Ahora, yo creo que debes estar dándole toques de vez en cuando; así es como yo conseguí ver el océano Atlántico.

Sra. Gibbs: ¡ay!, no debí haberlo mencionado. Pero es que me parece que una vez en la vida, antes de morirse, uno debería ver un país donde no se hablara inglés y, más todavía, donde la gente no quisiera hablarlo.

*El jefe de escenario sale a escena bruscamente por la derecha, hace una seña con el sombrero a las señoras, las cuales lo saludan con una inclinación de cabeza.*

Jefe de escenario: Gracias, señoras, muchas gracias. (*Las Sras. Gibbs y Webb recogen sus cosas, regresan a sus casas y desaparecen.*) Ahora vamos a saltarnos unas cuantas horas, pero antes de continuar, quisiéramos ofrecerles un poco más de información sobre el pueblo, un recuento científico, podríamos decir. Así que le he pedido al Prof. Willard, de la Universidad del Estado, que esboce unos cuantos rasgos de nuestra historia.

*Aquí está el Prof. Willard. (El Prof. Willard. Im erudito provinciano, con gafas que le cuelgan de una ancha cinta de satín, sale por la derecha, con algunas cuartillas en la mano.) Permítanme presentarles al Prof. Willard, de la Universidad de nuestro*

estado. Unas breves notas. Gracias, profesor. Desafortunadamente, nuestro tiempo es limitado.

Prof. Willard:

Grover's Corners... vamos a ver... Grover's Corners... yace sobre el antiguo granito pleistoceno de la cordillera Apache. Puedo decir que es una de las partes más antiguas del mundo. Estamos muy orgullosos de eso. Un estrato de basalto devoniano lo atraviesa con vestigios de pizarra mesozoica y algunas afloraciones de piedra arenisca. Pero todo eso es más reciente: doscientos o trescientos millones de años. Se han encontrado algunos fósiles sumamente interesantes. Puedo decir, fósiles únicos... dos millas fuera del pueblo, en los pastos de las vacas de Silas Peckman. Pueden ser vistos en el museo de nuestra Universidad a cualquier hora, esto es, a cualquier hora razonable. ¿Puedo leer algunas notas del Prof. Gruber sobre la situación meteorológica, quiero decir, precipitación, etc.?

Jefe de escenario:

Temo que no tengamos tiempo para eso, profesor. Debemos decir algunas palabras sobre la historia del hombre aquí.

Prof. Willard:

¡Ah, sí! Datos antropológicos. Raza primitiva amerindia, tribu Cotahatchee, no hay vestigios antes del siglo décimo de nuestra era... eh... ahora enteramente desaparecida... rastros posibles en tres familias. Inmigración hacia fines del siglo XVII, de raza inglesa, braquicefálica, de ojos azules... en su mayoría. Desde entonces algunos eslavos y mediterráneos...

Jefe de escenario:

¿Y la población, Prof. Willard?

Prof. Willard:

Dentro de los límites del pueblo: 2 640.

Jefe de escenario:

Un momentito, profesor. (*Susurra algo al oído del profesor.*)

Prof. Willard:

¡Ah! ¿Sí?... La población en este momento es de 2 642.

El distrito postal de 507 más, haciendo un total de 3 149. Variaciones de mortalidad y natalidad: constantes. Por la tabla de Mac Pherson, 6 032.

- Jefe de escenario: Muchas gracias, profesor. Le quedamos muy agradecidos. Muchas gracias, Prof. Willard.
- Prof. Willard: Por nada, por nada.
- Jefe de escenario: Por aquí, profesor, y gracias de nuevo. (*Se va el Prof. Willard.*) Ahora, el informe social y político... ¡Sr. Webb!
- La Sra. Webb aparece en su puerta.*
- Sra. Webb: Vendrá dentro de un momento, se acaba de cortar una mano mientras pelaba una manzana.
- Jefe de escenario: Gracias, señora Webb.
- Sra. Webb: Charles, ¡todo el mundo está esperando! (*Se va la señora Webb.*)
- Jefe de escenario: El Sr. Webb es el editor de El Centinela de Grover's Corners. Es nuestro diario local.
- El Sr. Webb sale de su casa, poniéndose el saco. Tiene un dedo envuelto en un pañuelo.*
- Sr. Webb: Bueno... no tengo que decirles que aquí estamos gobernados por una Junta de Concejales. Todos los hombres votan a la edad de 21 años. Las mujeres tienen voto indirecto, somos baja clase media; unos cuantos profesionales... 10% trabajadores analfabetos. Políticamente somos el 86% republicanos, 6% demócratas, 4% socialistas, el resto, indiferente. En cuanto a la religión, somos 85% protestantes, 12% católicos, el resto indiferente.
- Jefe de escenario: ¿Algún comentario, Sr. Webb?
- Sr. Webb: Un pueblo muy corriente, en mi opinión; un poquito de mejor comportamiento que

la mayoría, probablemente bastante más aburrido que la mayoría, pero a la gente joven de aquí parece gustarle.

El 90% de los que se gradúan en el preuniversitario, se establecen aquí mismo, aun cuando hayan salido a completar sus estudios.

Jefe de escenario: ¿Hay alguien en el público que quiera preguntarle algo al editor Webb sobre el pueblo?

Una mujer desde la Platea: ¿Se bebe mucho en Grover's Corners?

Sr. Webb: Bueno señora, yo no sé lo que usted llamaría mucho. Los sábados por la noche, los labradores se reúnen en el establo de Ellery Greenough y alborotan un poco. Tenemos uno o dos borrachos consuetudinarios, pero siempre tienen remordimientos cuando un misionero evangelista viene al pueblo. No, señora, yo no diría que la botella de bebida sea una cosa común en las casas, excepto en el botiquín; es lo mejor para las mordeduras de serpientes, siempre lo ha sido.

Hombre Beligerante: *(Al final de la Platea.)* ¿No hay nadie en el pueblo al tanto de la injusticia social y la desigualdad industrial?

Jefe de escenario: Adelántese un poco... ¿quiere? ... donde todos lo podamos oír, ¿qué decía usted?

Hombre Beligerante: ¿No hay nadie en el pueblo al tanto de la injusticia social y la desigualdad industrial?

Sr. Webb: Sí... todo el mundo lo está... algo terrible. Pasan la mayor parte del tiempo hablando de quién es rico y de quién es pobre.

Hombre Beligerante: Entonces, ¿por qué no hacen algo para mejorar esa situación? *(Se aleja sin esperar la respuesta.)*



Sr. Webb: Bueno... yo no sé, me imagino que aquí estamos buscando, como todo el mundo, la forma para que los que trabajan y tienen sentido común lleguen a la cumbre, y los perezosos y pendencieros se hundan hasta el fondo, pero eso no es muy fácil de lograr. Entretanto, hacemos todo lo posible por ayudar a aquellos que no puedan valerse por sí mismos y a aquellos que puedan, los dejamos tranquilos. ¿Otra pregunta?

Una Señora: Sr. Webb..., señor Webb, ¿hay cultura o amor por la belleza en Grover's Corners?

Sr. Webb: Bueno, señora, no hay mucho... no en el sentido que usted piensa. Pensándolo bien, hay algunas muchachas que tocan el piano en las fiestas de graduación, pero quizá éste sea el momento para decirles que tenemos muchísimos sobre los pájaros. Les prestamos mucha atención, y observamos el cambio de las estaciones; sí, todo el mundo sabe mucho de ellas, pero esas otras cosas... usted tiene razón, señora, no abundan mucho. Robinson Crusoe y la Biblia. El Largo, de Handel, todos lo conocemos, y la Mona Lisa. Y también La madre, de Whistler; eso es lo más lejos que llegamos.

Una Señora: Eso pensaba yo. Gracias, Sr. Webb.

Jefe de escenario: Gracias, Sr. Webb. *(El Sr. Webb entra.)* Ahora volvamos al pueblo. Es temprano por la tarde. Los 2 642 habitantes han comido y los platos han sido lavados. *(El Sr. Webb se quita el saco, regresa y comienza a empujar de un lado a otro una cortadora de césped delante de su casa.)* Hay en nuestro pueblo una calma propia de esta hora: nos llega de las escuelas un murmullo y un zumbido característicos;

sólo unos cuantos coches en la avenida principal; los caballos dormitan atados a postes; todos ustedes recuerdan cómo eran las cosas entonces. El Dr. Gibbs está en su consulta dando golpecitos a las gentes y haciéndoles decir “aaah”. El Sr. Webb está cortando el césped allí; un hombre entre diez piensa que es un privilegio manejar su propia cortadora. No, señor. Es más tarde de lo que pensaba. Ya hay niños que regresan de la escuela.

*Voces chillonas de niñas se oyen fuera, a la izquierda. Emily avanza por la avenida principal, con algunos libros. Hay algunos indicios de que ella se imagina ser una dama de exquisita elegancia.*

Emily: No puedo Lois, tengo que ir a casa a ayudar a mamá. Se lo prometí.

Sr. Webb: Emily, camina con naturalidad. ¡Muchacha, quién tú te crees que eres hoy!

Emily: Papá, eres terrible. Un minuto me dices que me pare derecha y el próximo minuto me insultas. No te hago ningún caso. (*Le da un beso abruptamente.*)

Sr. Webb: ¡Caramba! Nunca una dama tan encopetada me había dado un beso antes.

*Él se pierde de vista. Emily se inclina y recoge algunas flores, junto a la verja de su casa. George Gibbs viene corriendo por la avenida principal. Lanza una pelota hacia arriba, a gran altura, y se detiene para recogerla de nuevo. Esto requiere que a veces dé seis pasos hacia atrás. Tropezca con una anciana invisible para nosotros.*

George: Perdóneme, Sra. Forrest.

- Jefe de escenario: (Como si fuera la Sra. Forrest.) Vaya a jugar al campo, jovencito. Usted no tiene derecho a jugar béisbol en la avenida principal.
- George: Lo siento mucho, Sra. Forrest. Hola, Emily.
- Emily: ¿Qué hay?
- George: Hiciste un discurso muy bueno en la clase.
- Emily: Yo iba realmente a hacer un discurso sobre la Doctrina Monroe, pero a última hora, la Srta. Corcoran, me hizo hablar de la Compra de Luisiana. Trabajé muchísimo en los dos temas.
- George: Oye, Emily, ¡fíjate qué cómico! Desde mi ventana, allá arriba, puedo ver tu cabeza por las noches cuando tú estás haciendo la tarea en tu cuarto.
- Emily: ¿De veras?
- George: Te pegas de verdad, Emily. No comprendo cómo puedes estar sentada tranquilamente tanto tiempo. Me imagino que te gusta mucho la escuela.
- Emily: Bueno... Siempre me pareció que es algo por lo que hay que pasar.
- George: Sí.
- Emily: Realmente no me disgusta. Se pasa el tiempo.
- George: Síííí... Emily, ¿a ver qué te parece? Podríamos instalar algo así como un telégrafo desde tu ventana a la mía y, de vez en cuando, tú podrías darme un norte o dos, sobre uno de esos problemas de álgebra... Vaya, yo no digo la respuesta, Emily.... Sólo una ayudita.

- Emily: Bueno, yo creo que los nortes están permitidos. De manera que si te trabas, George, me silbas y te daré alguna sugerencia.
- George: Emily, creo que eres realmente brillante.
- Emily: Supongo que se nace con determinada inclinación.
- George: Sí, claro, pero yo quisiera ser un granjero, y mi tío Luke dice que cuando yo esté preparado, me puedo ir con él para trabajar en su finca, y que si doy la talla puedo, poco a poco, irme haciendo dueño de ella.
- Emily: ¿Quieres decir con la casa y todo lo demás?  
*Entra la Sra. Webb con una vasija y se sienta en el banco, junto a la puerta.*
- George: Sí, bueno, gracias, tengo que ir al terreno de béisbol. Gracias por la conversación, Emily. Buenas tardes, Sra. Webb.
- Sra. Webb: Buenas tardes, George.
- George: Hasta luego, Emily.
- Emily: Hasta luego, George.
- Sra. Webb: Emily, ven y ayúdame a preparar estas habichuelas para el invierno. George Gibbs sostuvo una larga conversación, ¿verdad? Bueno, ya va creciendo. ¿Qué edad tendrá George?
- Emily: No sé.
- Sra. Webb: Déjame ver. Debe tener casi 16.
- Emily: Mamá, dije un discurso en la clase hoy y estuve muy bien.

- Sra. Webb: Debes repetírselo a tu padre a la hora de la comida. ¿Sobre qué fue?
- Emily: La compra de Luisiana. Me salió como un hilo sale de un carretel. Voy hacer discursos toda mi vida. ¿Mamá, éstas son bastante grandes?
- Sra. Webb: Trata de conseguir las un poquito más largas si puedes.
- Emily: ¿Quieres contestarme una pregunta seriamente?
- Sra. Webb: Claro que sí.
- Emily: Mamá, ¿soy bien parecida?
- Sra. Webb: Sí, claro que lo eres. Todos mis hijos tienen una apariencia muy agradable. Estaría avergonzada si no fuesen así.
- Emily: ¡Ay, mamá! Tú nunca me dices la verdad sobre nada.
- Sra. Webb: Te estoy diciendo la verdad.
- Emily: Mamá, ¿tú eras bonita?
- Sra. Webb: Sí, lo fui; modestia aparte, era la muchacha más bonita del pueblo después de Mamie Cartwright.
- Emily: Pero mamá, tienes que decir algo de mí. ¿Soy lo bastante bonita... como para lograr que alguien... que la gente... se interese en mí?
- Sra. Webb: Emily, ¡me cansas! ¡Ya basta! Eres lo suficientemente bonita para todos los propósitos normales. Ven ahora y trae esa vasija contigo.

Emily: ¡Ay, mamá!, tú no ayudas en nada.

Jefe de escenario: Gracias, gracias. Tendremos que interrumpir aquí de nuevo. Gracias, Sra. Webb, gracias, Emily. (*La Sra. Webb y Emily se retiran.*) Hay unas cuantas cosas más que queremos investigar acerca del pueblo. (*Avanza al centro de la escena. Durante el parlamento que sigue las luces bajan gradualmente, y dejan sólo un círculo alrededor de él.*) Me parece que es el momento apropiado para decirles que los Cartwright acaban de comenzar la construcción de un nuevo banco en Grover's Corners. (*Se tuvo que acudir a Vermont para conseguir el mármol, lamento decirlo.*) Y le han preguntado a un amigo mío qué debería colocarse en la primera piedra, para la gente que excave... dentro de mil años... Naturalmente, han puesto allí un ejemplar del *New York Times* y uno de *El Centinela* del Sr. Webb... Estamos interesados en esto, porque algunos hombres de ciencia han descubierto la manera de cubrir el papel impreso con una cola que lo preserva durante mil o dos mil años. Estamos poniendo una Biblia... y la Constitución de los Estados Unidos y un volumen con las obras de William Shakespeare. ¿Qué dicen ustedes, amigo? ¿Qué les parece? Ustedes saben, Babilonia una vez tuvo dos millones de habitantes y todo lo que conocemos de ella, son los nombres de los reyes y algunas copias de contratos sobre trigo... y de contratos de compraventa de esclavos. Sin embargo, todas las noches esas familias se sentaban a comer y el padre volvía del trabajo y el humo subía por la chimenea, igualito que aquí. Y aun en Grecia y Roma, todo lo que de verdad conocemos de la vida del pueblo, es lo que podemos sacar de los poemas chistosos y

de las comedias que escribieron para el teatro en aquel entonces. De manera que voy a hacer poner una copia de esta obra en la primera piedra y la gente dentro de mil años sabrá unas cuantas cosas acerca de nosotros..., algo más que el Tratado de Versalles y el vuelo de Lindbergh. ¿Se dan cuenta de lo que digo? Sepan, pues, gente que vivirá dentro de mil años, así es como éramos nosotros en las provincias al norte de Nueva York, a principios del siglo XX. Así éramos nosotros: así nos criaban y nos casábamos; así vivíamos y así moríamos. (Un coro parcialmente oculto en el foso de la orquesta ha comenzado a cantar Blessed Be the Tie That Binds (Bendito el lazo que ata). *Simón Stimson está de pie dirigiéndolo. Dos escalerillas han sido puestas en escena; sirven para indicar el segundo piso en las casas de los Gibbs y los Webb. George y Emily suben por ellas y se ponen a hacer sus tareas. El Dr. Gibbs ha regresado a la casa y está sentado en la cocina leyendo.*) Bueno, ha transcurrido bastante tiempo. Ya es de noche. Pueden oír el ensayo del coro en la iglesia congregacional. Los muchachos están en su casa haciendo sus tareas. El día va decayendo como un reloj cansado.

Simón Stimson:

¡Fíjense, señores! La música vino al mundo para proporcionar placer. ¡Más suave, más suave! Quítense de la cabeza que la música solo es buena cuando se toca a todo volumen. Déjenle el volumen a los metodistas. Aunque... ni aun deseándolo ustedes podrían vencerlos en eso. Vamos, otra vez. ¡Tenores!

George:

Pssss.... Emily.

Emily:

Hola.

George:

Hola.

- Emily: No puedo hacer nada. La luna está tan hermosa.
- George: Emily, ¿resolviste el tercer problema?
- Emily: ¿Cuál?
- George: El tercero.
- Emily: Claro, George, si es el más fácil de todos.  
George: No lo veo claro, Emily, ¿puedes darme un norte?
- Emily: Te diré una cosa: la respuesta es en metros.
- George: ¡En metros! ¿Qué quieres decir?
- Emily: En metros cuadrados.
- George: Ah... en metros cuadrados.
- Emily: Sí, George. ¿No te das cuenta?
- George: Síííí.
- Emily: En metros cuadrados de papel para empapelar.
- George: Papel para empapelar... ah, ya veo, muchas gracias, Emily.
- Emily: De nada. Caramba, no te parece que la luna está bella, y hasta el ensayo del coro puede oírse. Creo que si aguantas la respiración podrías oír el tren camino de Contoocook, ¿No lo oyes?
- George: Hmmm... ¡Creo que tienes razón!
- Emily: Bueno, es mejor que siga con la tarea.
- George: Buenas noches, Emily, y gracias.



- Emily: Buenas noches, George.
- Simón Stimson: Antes de que lo olvide: ¿Cuántos de ustedes pueden venir el martes por la tarde y cantar en la boda de Fred Hersey? Levanten la mano. Muy bien, así va a estar muy bien. Cantaremos lo mismo que en la boda de Jane Trowbridge el mes pasado. Ahora vamos a ensayar: ¿Estás cansada, sientes hastío? Es una pregunta, señoras y señores, que suene como tal. ¿Listos?
- Dr. Gibbs: Georges, ¿puedes bajar un momento?
- George: Sí, papá. (*Baja la escalerilla.*)
- Dr. Gibbs: Ponte cómodo, George: solo te voy a robar un minute. George, ¿qué edad tienes?
- George: ¿Yo? Dieciséis, casi diecisiete.
- Dr. Gibbs: ¿Qué quieres hacer cuando termines en la escuela?
- George: Tú sabes, papá; quiero ir a trabajar en la finca del tío Luke.
- Dr. Gibbs: Es decir, que estás dispuesto a levantarte temprano y ordeñar y alimentar el ganado y... ¿serás capaz de trabajar el día quataqueando y cortando el heno?
- George: Claro que sí. ¿Qué quieres decir, papá?
- Dr. Gibbs: Bueno, George, mientras estaba en mi consulta hoy, oí un ruido un poquito raro... y, ¿qué tú crees que era? Pues, tu madre cortando leña. Sí, hijo; tu madre levantándose temprano, cocinando todo el día, lavando, planchando, y todavía tiene que ir al patio y cortar leña. Me imagino que se cansó de pedírtelo. Se dio por

vencida y le pareció más fácil hacerlo ella misma. Y tú comes su comida y te pones la ropa que ella arregla para ti, y tú te vas por ahí a jugar béisbol, como si ella fuera una doméstica que tenemos en la casa, pero a la cual no le tenemos mucha consideración. Bueno, yo sabía que todo lo que tenía que hacer era llamarte la atención. Aquí tienes un pañuelo, George; he decidido aumentar tu mesada a veinticinco centavos por semana. No porque le vayas a cortar la leña a tu madre, porque eso es un regalo que tú le haces, sino porque ya vas creciendo y me imagino que encontrarás muchísimas cosas en qué gastar ese dinero.

George: Gracias, papá.

Dr. Gibbs: Vamos a ver, mañana es tu día de pago. Puedes contar con eso. Hmmm... Probablemente Rebeca piensa que ella debería tener algo más también. Me pregunto qué puede haberle pasado a tu madre. El ensayo del coro nunca ha durado tanto antes.

George: No son más que las ocho y media, papá.

Dr. Gibbs: No me explico cómo ella está en ese coro. Tiene menos voz que un cuervo viejo. Andando por esas calles a esta hora de la noche... Precisamente a la hora de acostarse, ¿no te parece?

George: Sí, papá. (*George sube a su sitio por la escalerilla.*)

Se oyen risas y <buenas noches> por la izquierda y en ese momento la Sra. Gibbs, la Sra. Soames y la Sra. Webb aparecen en la avenida Central. Cuando llegan a la esquina del escenario, se detienen.

- Sra. Soames: Buenas noches, Martha. Buenas noches, Foster.
- Sra. Webb: Se lo diré a Webb; sé que lo publicará en el periódico.
- Sra. Gibbs: ¡Dios mío! Es tardísimo.
- Sra. Soames: Buenas noches, Irma.
- Sra. Gibbs: Magnífico ensayo, ¿verdad? ¡Myrtle Webb! ¡Mira esa luna! (*Quedan en silencio un momento contemplando la luna.*)
- Sra. Soames: Claro, yo no quería decir una palabra delante de los demás, pero ahora que estamos solas, ¿verdad que es el peor escándalo que ha habido en este pueblo?
- Sra. Gibbs: ¿Qué escándalo?
- Sra. Soames: ¡Simón Stimson!
- Sra. Gibbs: Vamos, Louella.
- Sra. Soames: ¡Pero, Julia! El organista de una iglesia, estar bebe que te bebe, año tras año. Tú sabes que estaba borracho esta noche.
- Sra. Gibbs: Vamos, Louella. Todo el mundo sabe lo de Stimson, y también sabemos todos los problemas que ha tenido y el Dr. Ferguson lo sabe también, y si el Dr. Ferguson lo mantiene en su trabajo, lo único que podemos hacer nosotros es no darnos por enterados.
- Sra. Soames: ¡No darnos por enterados! Pero es que cada vez se pone peor.
- Sra. Webb: No, no es así, Louella. Cada vez se pone mejor. Yo he estado en ese coro muchísimo más tiempo que tú. Dios mío, me fastidia tener que ir a la cama en una

noche como ésta. Mejor me doy prisa, si no los muchachos estarán en pie hasta las tantas. (*Todas intercambian <buenas noches>; ella corre hacia su casa, entra y desaparece.*)

Sra. Gibbs: ¿Puedes llegar a salvo a tu casa, Louella?

Sra. Soames: Si está tan claro como el día; puedo ver a Soames con mala cara en la ventana. Cualquiera diría que hemos estado en un baile por la manera en que se comportan nuestros maridos. (*Más “buenas noches”. La Sra. Gibbs llega a su casa y atraviesa la puerta de la cocina.*)

Sra. Gibbs: Bueno, la pasamos de lo más bien.

Dr. Gibbs: Llegas lo bastante tarde.

Sra. Gibbs: Vamos, Frank, no es más tarde que lo corriente.

Dr. Gibbs: Y todavía te paras en la esquina a chismear con un montón de gallinas.

Sra. Gibbs: Vamos, Frank, no seas gruñón. Ven a oler un poco de heliotropo a la luz de la luna. (*Pasean cogidos del brazo a lo largo de las candilejas*) ¿No te parece maravilloso? ¿Qué hiciste mientras yo estuve fuera?

Dr. Gibbs: Oh, leí como de costumbre. ¿De qué hablaban las muchachas esta noche?

Sra. Gibbs: Bueno, créeme, Frank, hay algo de que murmurar.

Dr. Gibbs: ¡Hmmm...! Simón Stimson estaba borracho.

Sra. Gibbs: Peor que nunca. ¿Cómo terminará eso, Frank? El Dr. Ferguson no lo podrá estar perdonando siempre.

Dr. Gibbs: Creo que yo sé más sobre los problemas de Simón que nadie en este pueblo. Alguna gente no está hecha para la vida de pueblito. No sé cómo terminará eso, pero no podemos hacer otra cosa que dejarlo en paz. Ven, entra.

Sra. Gibbs: No, todavía no... Frank, estoy preocupada por ti.

Dr. Gibbs: ¿Qué es lo que te preocupa?

Sra. Gibbs: Me parece que es mi deber hacer planes para que consigas un verdadero descanso y un cambio. Y si consigo esa herencia, bueno, voy a insistir en eso.

Dr. Gibbs: Julia, no tiene sentido volver otra vez sobre ese asunto.

Sra. Gibbs: Frank, contigo no se puede razonar.

Dr. Gibbs: *(Avanzando hacia la casa.)* Vamos, Julia, se está haciendo tarde; antes de que te des cuenta cogerás un catarro. Le di a George un tirón de orejas esta noche. Espero que tendrás quien te corte la leña, al menos por un tiempo. No, no, sube, vamos.

Sra. Gibbs: Ay, Dios, hay siempre tantas cosas que recoger. Tú sabes, Frank, la señora de Fairchild siempre le pasa el seguro a la puerta por la noche. Toda la gente que vive en esa parte del pueblo, lo hace.

Dr. Gibbs: *(Apagando la lámpara.)* Se están volviendo ciudadanos, ése es el asunto. En realidad no tienen nada que valga la pena robarse y todo el mundo lo sabe.

*Desaparecen. Rebeca sube la escalerilla y se coloca junto a George.*

- George: Vete, Rebeca. No hay espacio más que para uno en esta ventana; siempre lo estás estropeando todo.
- Rebeca: Por favor, déjame mirar sólo un momento.
- George: Usa tu propia ventana.
- Rebeca: Lo hice, pero por allí no se ve la luna... George, ¿tú sabes lo que pienso? Pienso que a lo mejor la luna está acercándose cada vez más y que habrá una gran explosión.
- George: Rebeca, no sabes nada de nada. Si la luna se estuviera acercando, la gente que se sienta toda la noche con un telescopio, lo vería primero que nosotros y se lo diría a todo el mundo y la cosa estaría en todos los periódicos.
- Rebeca: George, ¿es verdad que la luna está brillando sobre Sudamérica, Canadá y la mitad de mundo?
- George: Bueno, probablemente.
- Jefe de escenario: (Avanza. Pausa. Se oye el chirriar de los grillos.) Las nueve y media. La mayor parte de las luces están apagadas. Aquí viene el alguacil Warren revisando unas cuantas puertas en la avenida Central. Y allí viene el editor Webb, después de cerrar su periódico.
- El Sr. Warren, un policía de cierta edad, viene a lo largo de la avenida Central, desde la derecha; el Sr. Webb por la izquierda.*
- Sr. Webb: Buenas noches, Bill.
- Alguacil Warren: Buenas noches, Webb.
- Sr. Webb: Una luna espléndida, ¿eh?

- Alguacil Warren: Sí, señor.
- Sr. Webb: ¿Todo tranquilo?
- Alguacil Warren: Simón Stimson anda rondando por ahí. Acabo de ver a su esposa buscándolo, de modo que he mirado por el otro lado; por ahí viene.
- Simón Stimson viene por la avenida Central, desde la izquierda, con una ligera falta de equilibrio en el paso.*
- Sr. Webb: Buenas noches, Simón. El pueblo parece haberse recogido para pasar la noche. (*Simón Stimson llega hasta él y se detiene un momento; lo mira fijamente balanceándose un poquito.*) Buenas noches... Sí, la mayor parte del pueblo se prepara a descansar, Simón... Me parece que lo mejor es que hagamos lo mismo. ¿Puedo acompañarle un poco?
- Simón Stimson sigue su camino sin decir una palabra y desaparece por la derecha.*
- Alguacil Warren: No sé cómo va a terminar eso, Sr. Webb.
- Sr. Webb: Bueno, ha tenido bastantes problemas. Una cosa tras la otra... Bill... si ves a mi hijo fumando, dile algo, ¿quieres? Te hace mucho caso, Bill.
- Alguacil Warren: No creo que fume, Sr. Webb; por lo menos no más de dos o tres cigarros al año.
- Sr. Webb: Hmmm... Espero que no, bueno, buenas noches, Bill.
- Alguacil Warren: Buenas noches, Webb. (*Sale.*)
- Sr. Webb: ¿Quién está allá arriba? ¿Eres tú, Myrtle?

- Emily: No, soy yo, papá.
- Sr. Webb: ¿Por qué no estás en la cama?
- Emily: No sé, es que no puedo dormirme todavía, papá. La luna está tan bella y luego el olor de los heliotropos de la Sra. Gibbs... ¿No lo notas?
- Sr. Webb: Hmmm Sí. ¿Tienes algunas preocupaciones, Emily?
- Emily: ¿Preocupaciones, papá? No.
- Sr. Webb: Bueno, que la pases bien, pero que tu madre no se dé cuenta. Buenas noches, Emily.
- Emily: Buenas noches, papá.
- El Sr. Webb entra en la casa silbando:  
“Blessed Be the Tie that Binds” y desaparece.*
- Rebeca: Nunca te dije lo de la carta que Jane Crofut recibió del pastor cuando estaba enferma. Él le escribió a Jane y en el sobre la dirección decía: “Jane Crofut; Finca Crofut; Gorver’s Corners”; Condado de Sutton; New Hampshire; Estados Unidos de Norteamérica.”
- George: ¿Qué tiene de cómico eso?
- Rebeca: Espérate, que no he terminado; “Estados Unidos de Norteamérica; Continente de América del Norte; Hemisferio Occidental; La Tierra; el Sistema Solar; El Universo; La Mente de Dios”, eso es lo que decía en el sobre.
- George: ¡Dime tú!



- Rebeca: Y el cartero la trajo de todos modos.
- George: ¡De verás!
- Jefe de escenario: Éste es el final del primer acto, amigos. Aquellos que fumen, pueden salir a hacerlo.

## ACTO SEGUNDO

*Las mesas y las sillas de las cocinas, todavía en escena. Pero las escalerillas y el banco han sido retirados. El Jefe de escenario se encuentra en su sitio acostumbrado y observa al público ocupar sus asientos.*

- Jefe de escenario: Han pasado tres años. Sí, el sol ha salido alrededor de mil veces. Veranos e inviernos han resquebrajado las montañas un poquito más, y las lluvias han arrastrado parte del polvo.

Algunos niños que todavía no habían nacido, han empezado a decir las primeras oraciones y algunas gentes que pensaban que eran muy jóvenes y activas han notado que no pueden subir un tramo de escalera como acostumbraban sin que su corazón se agite un poco.

Todo eso puede pasar en mil días. La naturaleza ha estado empujando y haciendo de las suyas en otro sentido también; alguna gente joven se enamoró y se casó. Sí, la montaña se desgastó en unas fracciones de pulgadas, millones de galones de agua pasaron por el molino, y aquí y allá un nuevo hogar se constituyó bajo un techo. Casi todo el mundo se casa. En nuestro pueblo apenas hay excepciones a esta regla; casi todo el mundo llega a la tumba casado.

El primer acto se llamaba “La vida cotidiana”. Este acto se llama “Amor y matrimonio”. Queda otro acto; estoy seguro que ustedes saben de qué se trata; en fin: tres años después. Estamos en 1904. Es el día 7 de julio, un poco después de la fiesta de graduación en la escuela de segunda enseñanza. Por esta época, la mayor parte de la gente joven decide casarse. Tan pronto como han aprobado los últimos exámenes de geometría y latín, les parece que están preparados para casarse.

Es por la mañana temprano, sólo que esta vez ha estado lloviendo. Ha llovido y tronado bastante. El jardín de la Sra. Gibbs y el de la Sra. Webb están inundados. Allí, en la avenida Central, la lluvia parecía como cortinas sopladas por el viento. Hmm... Puede volver a llover en cualquier momento. ¡Fíjense! Pueden oír el tren de las 5:45 rumbo a Boston. (*La Sra. Gibbs y la Sra. Webb entran en la cocina y comienza el día como en el primer acto.*) Y aquí están la Sra. Gibbs y la Sra. Webb haciendo el desayuno como si fuera un día ordinario. No creo necesario señalar a las señoras del público que esas señoras que ven aquí, las dos cocinaron tres comidas al día, una durante 20 años y la otra durante 40; y sin vacaciones. Han criado dos hijos cada una, han lavado, limpiado la casa, y jamás tuvieron una crisis nerviosa. Es lo que ha dicho uno de esos poetas del Medio Oeste: “Hay que vivir la vida para amarla, y hay que amar la vida para vivirla” Lo que se dice un círculo vicioso.

Howie Newsome:

(*Fuera de escena, a la izquierda*). ¡Arriba, Bessie!

- Jefe de escenario: Aquí viene Howie Newsome repartiendo los periódicos como antes lo hacía su hermano.
- Si Crowell ha entrado lanzando periódicos imaginarios en los portales. Howie Newsome ha avanzado a lo largo de la avenida Central con Bessie.*
- Si Crowell: Buenos días, Howie.
- Howie Newsome: Buenos días, Si. ¿Algo en el periódico que deba saber?
- Si Crowell: No mucho, salvo que estamos perdiendo el mejor pitcher de Grover's Corners, George Gibbs.
- Howie Newsome: Ya lo creo, ya lo creo que lo es.
- Si Crowell: Bateaba y robaba las bases muy bien además.
- Howie Newsome: Sí, estupendo jugador. So, Bessie, ¡soo! Supongo que puedo pararme y conversar si me da la gana.
- Si Crowell: No me explico cómo pudo renunciar a todo eso sólo por casarse. ¿Lo harías tú, Howie?
- Howie Newsome: No sé, nunca fui bueno en el béisbol. (*El alguacil Warren entra e intercambian "buenos días"*). Te has levantado temprano, Bill.
- Alguacil Warren: Viendo si hay algo que hacer para evitar una inundación. El río ha crecido mucho por la noche.
- Howie Newsome: Si Crowell está muy molesto con la noticia de que George Gibbs se retira del béisbol.

- Alguacil Warren: Sí, señor, asimismo es. Allá por el 84 tuvimos un jugador que ni siquiera George Gibbs podía compararse con él. Se llamaba Hank Todd. Se fue a Maine y se convirtió en párroco. Estupendo jugador. Howie, ¿qué crees del tiempo?
- Howie Newsome: No está tan malo; pienso que a lo mejor aclara definitivamente.
- El alguacil Warren y Si Crowell siguen su camino. Howie Newsome lleva primero la leche a casa de la Sra. Gibbs. Ella se encuentra con él junto al enrejado en forma de arco.*
- Sra. Gibbs: Buenos días, Howie. ¿Cres que va a llover otra vez?
- Howie Newsome: Buenos días, Sra. Gibbs. Ha llovido tanto que pienso que a lo mejor aclara.
- Sra. Gibbs: Espero que así sea.
- Howie Newsome: ¿Cuántos quiere hoy?
- Sra. Gibbs: Voy a tener la casa llena de parientes, Howie. Me parece que voy a necesitar tres de leche y dos de crema.
- Howie Newsome: Mi esposa me encargó decirle que esperamos que los dos sean muy felices, Sra. Gibbs. Sabemos que lo serán.
- Sra. Gibbs: Muchas gracia, Howie. Dile a tu esposa que espero que ella vaya a la boda.
- Howie Newsome: Sí, ella va a ir, digo, irá si puede. (Howie Newsome cruza a la casa de la Sra. Webb.) Buenos días, Sra. Webb.
- Sra. Webb: ¡Ah, buenos días, Sr. Newsome! Le pedí cuatro litros de leche, pero espero que pueda darme otro.

- Howie Newsome: Sí, señora... y los dos de crema.
- Sra. Webb: ¿Crees que llueva de nuevo, Sr. Newsome?
- Howie Newsome: Bueno, ahora mismo le decía a la Sra. Gibbs que yo creo que aclare. Mi esposa me encargó decirle que esperamos que los dos sean muy felices, Sra. Webb. Sabemos que lo serán.
- Sra. Webb: Gracias, y déle las gracias a su esposa, y esperamos verlos a ustedes en la boda.
- Howie Newsome: Sí, Sra. Webb. Esperamos ir. No podríamos perdernos la boda. Vamos, Bessie.
- Se va Howie Newsome. El Dr. Gibbs baja en mangas de camisa y se sienta a la mesa para desayunar.*
- Dr. Gibbs: Bueno, ha llegado el día. Hoy pierdes uno de tus cachorros.
- Sra. Gibbs: Frank Gibbs, ni una palabra más. Me parece que voy a llorar a cada momento. Toma tu café.
- Dr. Gibbs: El novio se está afeitando, lo que pasa es que no hay mucho que afeitar. Está silbando y cantando como si estuviera contento de dejarnos. De vez en cuando dice *sí* al espejo, pero no me suena muy convincente.
- Sra. Gibbs: Te digo, Frank, no sé cómo se las va a arreglar. Yo he cuidado de su ropa y vigilando que se pusiera cosas abrigadas... Frank, son demasiado jóvenes. Emily no se ocupará de esas cosas. Va a coger un catarro malo en menos de una semana.

- Dr. Gibbs: Yo estaba recordando la mañana de nuestra boda.
- Sra. Gibbs: No empieces otra vez con eso, Frank Gibbs.
- Dr. Gibbs: Yo era ese día el muchacho más asustado de New Hampshire. Pensaba que estaba cometiendo un error y cuando te vi venir por el pasillo central pensé que eras la muchacha más linda que había visto, pero el problema era que no te había visto antes. Ahí estaba yo en la iglesia congregacional, a punto de casarme con una desconocida.
- Sra. Gibbs: ¿Y cómo crees tú que yo me sentía, Frank? Las bodas son cosas horribles. Farsas, eso es lo que son. *(Pone un platillo delante de él.)* Toma, te he hecho algo hoy.
- Dr. Gibbs: ¡Julio Hersey, torrejas!
- Sra. Gibbs: No son muy difíciles de hacer, tenía que hacer algo. *(Pausa. El Dr. Gibbs echa el almíbar sobre las torrejas.)*
- Dr. Gibbs: ¿Cómo dormiste anoche, Julia?
- Sra. Gibbs: Bueno, oí dar las campanadas de muchas horas.
- Dr. Gibbs: ¡Sííí...! Me alarmo cada vez que pienso que George va a convertirse en un padre de familia. Te digo, Julia, que no hay nada más terrible en el mundo que un hijo. Las relaciones entre padre e hijo son las más difíciles, delicadas....
- Sra. Gibbs: Bueno, las de madre e hija no son una fiesta, déjame decirte.
- Dr. Gibbs: Tendrán un montón de problemas, me imagino. Pero eso no es asunto nuestro.

Todo el mundo tiene derecho a tener sus propios problemas.

Sra. Gibbs: (tomando el café meditativamente en la mesa.) Sí... la gente está hecha para ir por la vida en parejas. No es natural estar solo. *(Pausa. El Dr. Gibbs empieza a reírse.)*

Dr. Gibbs: Julia, ¿sabes una de las cosas que más miedo me daba cuando me casé contigo?

Sra. Gibbs: Dime.

Dr. Gibbs: Yo tenía miedo de que no tuviéramos tema de conversación para más de unas cuantas semanas. *(Los dos se ríen; él sigue hablando.)* Tenía miedo de que se nos acabaran los temas y de que tuviéramos que comer en silencio; así es. Bueno, tú y yo hemos estado conversando 20 años sin ninguna interrupción notable.

Sra. Gibbs: Bueno, buen tiempo, mal tiempo, no hay mucho donde escoger, pero yo siempre hallo algo que decir. *(Se dirige al pie de la escalerilla.)* ¿Oíste a Rebeca revolviéndolo todo por allá arriba?

Dr. Gibbs: No. Es el único día del año en que Rebeca no ha estado metida en los asuntos de los demás. Está encerrada en su cuarto. Tengo la impresión de que está llorando.

Sra. Gibbs: ¡Dios mío! Esto tiene que terminar. ¡Rebeca, Rebeca! Baja a tomar el desayuno. *(George viene bajando las escaleras muy rápidamente.)*

George: Buenos días. Sólo 5 horas más de vida. *(Hace el gesto de degollarse y el sonido, y avanza hacia la puerta.)*

Sra. Gibbs: George Gibbs, ¿adónde vas?

- George: Sólo voy a cruzar para ver a mi novia.
- Sra. Gibbs: George, [ponte los chanclos de goma. Está lloviendo a mares. Tú no sales de esta casa sin estar preparado.
- George: ¡Pero, mamá, si no hay más que un paso!
- Sra. Gibbs: ¡George! Vas a coger un catarro y a toser durante la ceremonia.
- Dr. Gibbs: George, haz lo que tu madre te manda. (*El Dr. Gibbs sube a las habitaciones. George regresa de mala gana a la cocina y se pone chanclos imaginarios.*)
- Sra. Gibbs: Desde mañana puedes matarte si te parece y no hacer caso del tiempo, pero mientras estés en mi casa, te comportarás con prudencia. Gracias. A lo mejor la Sra. Webb no está acostumbrada a que la visiten a las 7:00 de la mañana. Toma una taza de café antes de irte.
- George: Vuelvo enseguida. (*Atraviesa el escenario saltando sobre los charcos.*) Buenos días, mamá Webb.
- Sra. Webb: ¡Dios mío! Me asustaste. Bueno, George, puedes estar un momentico bajo techo, pero sabes que no puedo pedirte que entres.
- George: ¿Por qué no?
- Sra. Webb: George, tú sabes tan bien como yo... el novio no debe ver a la novia el día de la boda hasta la hora de la ceremonia.
- George: Ah... Eso no es más que una superstición. Buenos días, Sr. Webb. (*Entra el Sr. Webb.*)
- Sr. Webb: Buenos días, George.



- George: Sr. Webb, ¿usted no cree en esa superstición, verdad?
- Sr. Webb: Millones han respetado esa superstición, y tú no querrás ser el primero en violar la costumbre.
- George: ¿Cómo está Emily?
- Sra. Webb: No se ha despertado todavía. Aún no ha emitido sonido alguno.
- George: ¡Emily dormida!
- Sra. Webb: ¡No en balde! Estuvimos despiertas hasta las tantas, cosiendo y empaquetando. Ahora te diré lo que voy a hacer. Quédate aquí un momento con Webb y tómate esta taza de café; yo voy arriba para vigilar que ella no baje y te sorprenda aquí. Hay también tocino, pero no te demores mucho. *(La Sra. Webb sale. Silencio embarazoso. El Sr. Webb moja roscas en el café. Más silencio.)*
- Sr. Webb: *(Abruptamente y muy alto.)* Bueno, George, ¿cómo te sientes?
- George: *(Paralizado, atragantado, con el café.)* Muy bien, muy bien. *(Pausa.)* Sr. Webb, ¿qué sentido común puede haber en semejante superstición?
- Sr. Webb: Bueno... mira, la mañana de su boda, la novia sólo está pensando en la... ropa y cosas por el estilo... ¿No te parece que probablemente sea por eso?
- George: Sí... no lo había pensado antes.
- Sr. Webb: Una muchacha es susceptible de estar un poco nerviosa el día de su boda. *(Pausa.)*

- George: Ojalá que un hombre pudiera casarse sin todos esos ajetreos.
- Sr. Webb: Los hombres siempre se sienten así cuando se casan, George, pero no les ha servido de nada. Las mujeres son las que han inventado las bodas, hijo. Durante un tiempito las mujeres se lo cogen todo para ellas. Un hombre resulta muy poquita cosa en una boda, George. Todas esas buenas mujeres cierran filas para asegurarse que el enlace sea del modo más público posible.
- George: Pero... usted cree en el matrimonio, ¿no, Sr. Webb?
- Sr. Webb: *(Rápidamente.)* Sí, claro que sí. No me interpretes mal, hijo. El matrimonio es una cosa maravillosa, maravillosa. No te olvides de eso, George.
- George: No lo haré, Sr. Webb. ¿Qué edad tenía usted cuando se casó?
- Sr. Webb: Bueno, fíjate, yo... había ido a la universidad y me había tomado un poco de tiempo establecerme, pero Myrtle... no era mucho mayor que Emily. La edad no tiene nada que ver con eso, George, nada en comparación con... eh... otras cosas.
- George: ¿Qué iba a decir, Sr. Webb?
- Sr. Webb: No sé. ¿Iba a decir algo? *(Pausa.)* George, yo estaba pensando la otra noche en un consejo que mi padre me dio cuando me casé. Él me dijo: “Charles, empieza pronto a mostrar quien es el jefe. Lo mejor que puedes hacer es darle una orden, aunque no tenga sentido alguno; sólo para que aprenda a obedecer.” Y también me dijo: “Si hay algo en tu esposa que te irrita, la conversación o alguna otra cosa, levántate y sal de la casa. Con eso se dará cuenta.

Ah, sí, y nunca dejes que tu esposa sepa cuánto dinero tienes, nunca.”

George: Bueno, Sr. Webb... no creo que podría...

Sr. Webb: De manera que hice lo contrario a lo que me aconsejó mi padre, y desde entonces he sido muy feliz. Que eso sea una lección para ti, George; nunca pidas un consejo en cuestiones personales. George, ¿vas a criar pollos en tu finca?

George: ¿Qué?

Sr. Webb: ¿Vas a criar pollos en tu finca?

George: El tío Luke nunca ha estado muy interesado, pero yo pensé...

Sr. Webb: El otro día cayó un libro en mi oficina, George, sobre el sistema Philo para criar pollos. Quiero que tú lo leas. He estado pensando empezar una cría en menor escala en el patio, y voy a colocar una incubadora en el sótano. (*Entra la Sra. Webb.*)

Sra. Webb: Charles, ¿estás hablando otra vez de la incubadora? Pensé que estarían hablando de cosas de importancia.

Sr. Webb: (*Con mordacidad.*) Bueno, Myrtle, si quieres dar algún buen consejo al muchacho, me voy arriba y te dejo sola con él.

Sra. Webb: (*Levantando a George.*) George, Emily tiene que bajar a tomar su desayuno. Te manda muchos cariños, pero no quiere verte. Adiós.

George: Adiós. (*George atraviesa el escenario hacia su casa, perplejo y alicaído. Lentamente*

*evita un charco y desaparece dentro de su casa.)*

Sr. Webb: Myrtle, supongo que tú conoces esa otra superstición.

Sra. Webb: ¿Cuál, Charles?

Sr. Webb: Tan vieja como el hombre de las cavernas: el novio no debe ver a su suegro el día de la boda, ni siquiera estar cerca de él. Recuerda eso. *(Los dos entran.)*

Jefe de escenario: Muchas gracias, señor y Sra. Webb. Ahora tengo que interrumpir otra vez. Queremos saber cómo empezó todo esto: esta boda, este proyecto para pasar la vida juntos. Me interesa muchísimo cómo esas grandes cosas empiezan. Ustedes saben cómo es la cosa: Uno tiene 21, 22 años y toma algunas decisiones; y entonces ¡zas!, de pronto uno tiene 70 : uno es un abogado con 50 años de ejercicio y esa mujer de pelo blanco al lado de uno ha comido alrededor de 50,000 comidas a su lado.

¿Ustedes saben cómo empiezan esas cosas?

George y Emily van a mostrarles la conversación que tuvieron cuando por primera vez se dieron cuenta de que... como se dice por ahí... estaban hechos el uno para el otro. Pero antes que ellos lo hagan, quiero que traten de recordar cómo era su vida de jóvenes, y especialmente los días en que, por primera vez, se sintieron enamorados; cuando ustedes eran como personas que caminan en sueños y no se daban cuenta en qué calle estaban y apenas oían lo que se les decía. Ustedes estaban un poco alucinados. ¿Quieren recordarlo, por favor? Ellos saldrán ahora de la escuela

secundaria a las tres. George acaba de ser elegido presidente de su clase y estamos en el mes de junio, de manera que será presidente del último curso durante todo el próximo año y Emily acaba de ser electa tesorera y secretaria. No tengo que decirles lo importante que esto es. *(Coloca una tabla sobre los respaldos de dos sillas, que coge de entre las que rodean la mesa de los Gibbs. Trae dos banquetas altas de entre los bastidores y las coloca detrás de la tabla. Las personas sentadas en las banquetas estarán de frente al público. Éste es el mostrador de la droguería del Sr. Morgan. Se oyen las voces de la muchacha fuera de escena, a la izquierda.)* Sí, vienen bajando por la avenida Central ahora. *(Emily, que lleva un puñado de libros imaginarios, avanza por la avenida Central, desde la izquierda.)*

Emily: No puedo, Luisa. Tengo que ir para casa. Adiós. ¡Oye! Ernestina, Ernestina... ¿Puedes venir esta noche a estudiar latín? ¿No te parece que Cicerón es durísimo? Dile a tu mamá que tienes que hacerlo. Adiós, adiós. Helen. Adiós, Fred. *(George, que también lleva libros, se queda con ella.)*

George: ¿Puedo llevarte los libros, Emily?

Emily: *(Fríamente.)* Bueno... Gracias... No es muy lejos que digamos. *(Se los da.)*

George: Perdóname un minuto, Emily . Oye, Bob, si llego un poquito tarde, empiecen a practicar de todas maneras, y tírale a Herb algunas bolas altas.

Emily: Adiós, Lizzy.

George: Adiós, Lizzy. Estoy muy contento de que tú también hayas sido electa, Emily.

- Emily: Gracias. *(Han estado parados en la avenida Central, casi junto a la pared del fondo. Inician los primeros pasos hacia el público, cuando George se detiene y dice:)*
- George: Emily, ¿por qué estás brava conmigo?
- Emily: No estoy brava contigo.
- George: Me has estado tratando de una manera muy rara últimamente.
- Emily: Bueno, como me lo preguntas, te lo voy a decir todo, George. *(Ellos ven a una maestra que pasa.)* Adiós, Srta. Corcoran.
- George: Adiós, Srta. Corcoran. ¿Qué... qué es lo que pasa?
- Emily: *(No en forma de regaño; le resulta difícil expresarse.)* No me gusta el cambio que has dado desde el año pasado; me da pena herir tus sentimientos, George, pero tengo que... decirte la verdad y ¡a otra cosa!
- George: ¿Cambio? ¿Qué... qué quieres decir?
- Emily: Bueno, hace un año que caías muy bien. Yo me interesaba en todo lo que hacías, porque habíamos sido amigos desde tanto tiempo atrás... y entonces empezaste a dedicar todo tu tiempo al béisbol... y ya nunca te parabas a hablar con nadie. Ni siquiera le hablabas a tu propia familia y... George, te has vuelto muy engreído y estirado y todas las muchachas lo dicen. Quizás no te lo digan en tu cara, pero es lo que dicen a tus espaldas y me duele oírse lo decir. Pero tengo que reconocer que tienen parte de razón; me da pena herir tus sentimientos... pero no me arrepiento de habértelo dicho.

George: Yo... me alegra mucho que me lo dijeras, Emily. La verdad que nunca pensé que tal cosa me estuviera pasando. Me figuro que es difícil impedir que algunos defectos surjan en nosotros. (*Caminan un paso o dos en silencio; entonces se detienen con un aspecto lastimero.*)

Emily: Yo siempre espero de un hombre que sea perfecto, y creo que debe serlo.

George: No creo posible que nadie sea perfecto, Emily.

Emily: Bueno, mi padre lo es y según lo que yo puedo ver, tu padre también. No hay ninguna razón por la cual tú no puedas serlo igualmente.

George: Bueno, yo creo que es todo lo contrario. Que los hombres no son buenos por naturaleza; pero las muchachas, sí.

Emily: Bueno, te diré inmediatamente que yo no soy perfecta. No es tan fácil para una muchacha ser perfecta, como para un hombre, porque nosotras somos más... más... nerviosas. Siento mucho haber dicho todo esto sobre ti. No sé lo que me hizo decirlo.

George: Emily.

Emily: Ahora veo que lo que he dicho no es la verdad. De repente me doy cuenta que no tiene importancia, de todos modos.

George: Emily... ¿te gusaría tomarte una soda, o cualquier cosa, antes de ir para tu casa?

Emily: Bueno, gracias... Me gustaría.

*Avanzan hacia el público y dan una rápida vuelta a la derecha, abriendo la puerta de la*

*droguería de Morgan. Presa de fuerte emoción, Emily mantiene la cabeza baja. George habla a algunas personas que pasan.*

George: Hola, Stew, ¿cómo andas? Buenas tardes, Sra. Slocum.

*El Jefe de escenario, que usa espejuelos y asume el papel del Sr. Morgan, sale abruptamente, desde la derecha, y se coloca entre el público y el mostrador.*

Jefe de escenario: ¡Hola, George! ¡Hola, Emily! ¿Qué desean? Emily, ¿por qué has estado llorando?

George: *(Busca una explicación.)* Acaba... de llevarse un gran susto, Sr. Morgan. Casi le pasa por encima el carro de la ferretería. Toda la gente dice que ese Tom Huckins maneja como un loco.

Jefe de escenario: *(Llevando un vaso de agua.)* Bueno, bueno, toma un vaso de agua, Emily. Te ves muy alterada. Tienes que mirar a los dos lados de la calle antes de cruzar la avenida Central en estos tiempos. Se pone peor cada año, ¿qué deseas?

Emily: Un refresco de fresa, gracias Sr. Morgan.

George: No, Emily. Tómame un batido. Dos batidos de fresa, Sr. Morgan.

Jefe de escenario: *(Hace los ademanes de preparar los batidos.)* Dos batidos de fresa, sí señor. Hay 125 caballos en Grover's Corners, en este momento. El inspector del estado estuvo aquí ayer. Y ahora están trayendo estos automóviles. Lo mejor que uno puede hacer, es quedarse en su casa. ¡Caramba!, yo puedo recordar cuando un perro podía dormir todo el día en medio de la avenida Central, y nadie lo molestaba. *(Pone los vasos imaginarios delante de*



ellos.) Aquí están. Que les aproveche. (*Ve a un cliente, a la derecha.*) Sí, señora Ellis. ¿En qué puedo servirla? (*Sale por la derecha.*)

Emily: Son tan caros los batidos.

George: No... No pienses en eso. Estamos celebrando nuestra elección. ¿Y sabes qué más estoy celebrando?

Emily: No...

George: Estoy celebrando, porque tengo una amiga que me dice todo lo que hace falta decirme.

Emily: ¿Qué?

George: Emily, si voy al Instituto Agrícola del Estado el año que viene, ¿me escribirás de vez en cuando?

Emily: Claro que sí, claro que sí, George... (*Pausa. Empiezan a tomarse los batidos con las pajillas.*) Me parece que si estás fuera tres años vas a perder contacto con muchas cosas. Quizás las cartas de Grover's Corners dejarían de interesarte después de un tiempo. Grover's Corners no es un lugar muy importante cuando se piensa en todo New Hampshire, pero a mí me parece un pueblo bonito.

George: Nunca llegará el día en que yo quiera saber todo lo que pasa aquí. Yo sé que esto es verdad, Emily.

Emily: Bueno, trataré que mis cartas sean interesantes. (*Pausa.*)

George: Sabes, Emily, cuando me encuentro con un granjero, siempre le pregunto si cree que

es importante ir al Instituto Agrícola para ser un buen granjero.

Emily: Sí, ... George.

George: Sí, algunos me dice, inclusive, que es una pérdida de tiempo. Uno puede aprender todas esas cosas de todas maneras con los folletos que el Gobierno manda. Y el tío Luke se está poniendo viejo. Está dispuesto a que me ocupe de su finca desde mañana, si yo pudiera.

Emily: ¡Qué bien!

George: Y como tú dices, estar ausente todo ese tiempo... en otros lugares y conociendo a otras gentes... ¡caray!, si algo así puede pasar, yo no quiero irme. Me imagino que los nuevos conocidos no serán mejores que los viejos. Apuesto a que casi nunca lo son. Emily... me parece que tú eres de las mejores amistades que tengo. No tengo necesidad de irme y conocer gentes en otros pueblos.

Emily: Pero, George, quizás es muy importante para ti irte y aprender todo lo necesario sobre... ganado, terrenos y esas cosas... por supuesto, yo no entiendo de eso.

George: *(Después de una pausa, muy gravemente.)*  
Emily, he cambiado de parecer ahora mismo. No me iré. Se lo diré a papá esta noche.

Emily: Pero, George, no veo por qué tienes que decirlo ahora. Te queda un año entero.

George: Emily, me alegro de que me hablaras de eso... de ese defecto en mi carácter. Lo que tú dijiste es verdad, pero hay una cosa equivocada en lo que dijiste, que desde hacía un año, yo no le hacía caso a nadie...

ni a ti, por ejemplo. Bueno, tú dices que tú te interesabas en todo lo mío... yo hacía lo mismo contigo siempre. Siempre he pensado en ti, eres una de las principales personas en quienes yo pienso; siempre quería saber dónde tú estabas sentada en las gradas y con quién estabas. Y desde hace tres días, quería acompañarte a tu casa; pero algo se atravesaba siempre en el camino. Ayer estaba parado junto al muro esperándote y te fuiste con la Srta. Corcoran.

Emily: ¡George!... qué cómica es la vida. ¿Cómo podía yo haberlo sabido? Yo pensé...

George: Mira, Emily, voy a decirte por qué no voy a ir al Instituto Agrícola. Creo que cuando uno ha encontrado una persona a la que le tiene cariño ... es decir, una persona que lo aprecie a uno lo bastante como para interesarse en su carácter... bueno, me parece que eso es tan importante como los estudios, y mucho más. Ésa es mi opinión.

Emily: Sí, creo que eso es terriblemente importante también.

George: Emily.

Emily: Sí, George.

George: Emily, si yo mejoro y doy un gran cambio... tú me... es decir... ¿podrías?

Emily: Yo... sí; yo siempre.

George: (Pausa.) Me imagino que es una conversación importante la que hemos sostenido.

Emily: Sí... sí.

- George: *(Respira hondo y endereza la espalda.)*  
Espera un momentico y te acompañaré a casa. *(Con creciente alarma busca el dinero en los bolsillos. El jefe de escenario sale por la derecha. George, con mucha pena, le dice: Sr. Morgan, tengo que ir a casa a buscar el dinero para pagarle. Enseguida vuelvo.*
- Jefe de escenario: *(Fingiéndose molesto.)* Pero, ¿qué es eso? George Gibbs, es decir que....
- George: Sí, pero tengo mis razones, Sr. Morgan. Mire, aquí mi reloj de oro en prenda hasta que yo vuelva con el dinero.
- Jefe de escenario: No, está bien. Quédate con el reloj. Confío en ti.
- George: Vuelvo dentro de cinco minutos.
- Jefe de escenario: Te doy mi confianza por 10 años. George, ni un día más. ¿Ya estás repuesta del susto, Emily?
- Emily: Sí, gracias, Sr. Morgan. No fue nada.
- George: *(Tomando los libros del mostrador.)* Estoy listo.
- Caminan en silencio gravemente a lo largo del escenario y pasan a través de la puerta trasera de los Webb y desaparecen. El Jefe de escenario los contempla irse; entonces se vuelve al público y se quita los espejuelos.*
- Jefe de escenario: Bueno. *(Da unas palmadas amañera de seña.)* Ahora estamos preparados para continuar con la boda. *(Permanece de pie mientras espera que el escenario se prepare para la próxima escena. Los operarios quitan las sillas y mesas de las casas de los Gibbs y los Webb. Colocan los bancos de la iglesia en el centro de la escena. Los asistentes se sentarán de espaldas al público. El pasillo de*

*la iglesia comienza en el centro de la pared del foro y avanza hacia el público. Una plataforma pequeña se coloca contra la pared del foro, y sobre ella el jefe de escenario se parará más tarde, para hacer el papel del sacerdote. Un proyector arroja una imagen de un vitral contra el telón de fondo. Cuando todo está listo, el jefe de escenario avanza hacia el centro del proscenio y meditativamente se dirige al público.)*

En esta boda yo hago el papel del sacerdote. Eso me da el derecho de decir unas cuantas cosas más sobre ella.

Desde ahora, la obra se pone bastante seria por un tiempo. Ustedes saben que algunas Iglesias dicen que el matrimonio es un sacramento. Yo no sé muy bien lo que eso quiere decir, pero me lo supongo. Como decía la Sra. Gibbs hace unos minutos: *La gente está hecha para vivir en parejas.*

Ésta es una buena boda, pero la gente está hecha de tal manera, que aun en una buena boda se produce mucha confusión en el fondo de sus cerebros, y nosotros pensamos que eso debería aparecer en nuestra obra también.

El héroe real de esta escena no está en el escenario, y ustedes saben quién es. Es como uno de esos sabios europeos ha dicho: cada niño que viene al mundo es un esfuerzo de la naturaleza por lograr un ser humano perfecto. Bueno, nosotros hemos visto a la naturaleza haciendo esfuerzos desde hace mucho tiempo. Todos sabemos que la naturaleza está interesada en la cantidad, pero yo creo que se interesa en la calidad también, de ahí que yo oficie como sacerdote. Y no se olviden

de todos los otros testigos de esta boda, los ancestros. Millones de ellos. La mayoría también vivieron en pareja. Millones. Bueno, yo acabé con mi sermón. No fue muy largo, ¿verdad?

*El órgano comienza a tocar el Largo, de Handel. Los asistentes penetran en la iglesia y se sientan en silencio. Las campanas de la iglesia repican. La Sra. Gibbs se sienta en la primera fila, en el primer asiento junto al pasillo, en la sección de la derecha; al lado de ella; Rebeca y el Dr. Gibbs. Al otro lado del pasillo están la Sra. Webb, Wally y el Sr. Webb. Un pequeño coro, de frente al público, comienza a ocupar su lugar. La Sra. Webb, que se dirige hacia su puesto, se vuelve y habla al público.*

Sra. Webb:

No sé por qué tengo que estar llorando. Supongo que no hay por qué llorar. Esto me entró por la mañana a la hora del desayuno; vi a Emily tomando el desayuno como siempre lo ha hecho desde hace 17 años, y ahora se va a tomarlo en casa de otro, me imagino que ésa es la razón. Y Emily de repente dijo: “No puedo tragar un bocado más”, puso la cabeza sobre la mesa y empezó a llorar. *(Se adelanta hacia su asiento, pero se vuelve de nuevo y añade:)* Ah, no puedo callarme esto: ustedes lo saben, hay algo verdaderamente muy cruel en eso de casar a nuestras hijas así, de esta manera. Espero que alguna de sus amigas le haya informado sobre algunas cosas.

Es cruel, lo sé, pero yo no tuve el coraje de decirle nada. Yo misma llegué al matrimonio ciega como un topo. *(Con una exasperación algo divertida.)* El mundo anda muy mal, ése es el problema. Por ahí vienen.

*Se adelanta rápidamente hacia su sitio. George avanza por el pasillo derecho del teatro a través del público. De repente tres miembros de su equipo de béisbol aparecen junto al pilar derecho del proscenio y comienzan a chiflar y a gritarle. Están vestidos con el uniforme.*

- Jugador de Béisbol: ¡George! ¡George! ¡Pss! Mírenlo, muchachos, está muerto de miedo. ¡Psss! George, no te hagas el inocente, que sabemos lo que estás pensando. No deshonres al equipo, muchachón. ¡Pss! ¡Oye!
- Jefe de escenario: ¡Está bien! ¡Basta! Es suficiente. *(Sonriendo, los saca de escena. Ellos se vuelven para dar unos cuantos gritos más.)* Había una gran cantidad de esas cosas en las bodas del pasado, en Roma, y después en otros lugares. Estamos más civilizados ahora... según dicen.
- El coro comienza a cantar Love Divine, All Love Excelling (Amor divino, que excede a todo amor.) George ha llegado al escenario. Mira fijamente a los asistentes un momento y se aleja unos cuantos pasos hacia el pilar derecho del proscenio. Su madre, desde la primera fila, parece haber sentido su confusión. Deja su asiento y avanza rápidamente por el pasillo hacia él.*
- Sra. Gibbs: ¡George! ¡George! ¡Qué tienes?
- George: Mamá, yo no quiero crecer. ¿Por qué todo el mundo me fuerza?
- Sra. Gibbs: Pero, George... tú lo quisiste.
- George: No, mamá, escúchame.
- Sra. Gibbs: No, no, George, ahora eres un hombre.

- George: Oye, mamá, por última vez te pido... todo lo que yo quiero ser es un muchacho...
- Sra. Gibbs: ¡Si alguien te oyera, hasta yo me avergüenzo! (George vuelve en sí y recorre la escena con la mirada.)
- George: ¿Qué? ¿Dónde está Emily?
- Sra. Gibbs: (Aliviada.) ¡George, qué susto me diste!
- George: Alégrate, mamá. Me caso.
- Sra. Gibbs: Déjame que recobre el aliento.
- George: (Consolándola.) Ahora, fíjate, mamá, los jueves por la noche son para nosotros. Emily y yo iremos a casa todos los jueves... Ya verás, mamá, pero, ¿por qué estás llorando? Vamos, tenemos que prepararnos.
- La Sra. Gibbs logra dominar su emoción, le arregla la corbata al hijo y le susurra algo a su oído. Mientras tanto, Emily, de blanco y velo de novia, ha atravesado entre el público y ha subido al escenario. Ella también se vuelve atrás asustada, cuando ve los asistentes en la iglesia. El coro comienza: Blessed Be the Tie That Binds.*
- Emily: Nunca me sentí tan sola en toda mi vida. Y George allí, luciendo tan... lo odio. Ojalá estuviera muerta. ¡Papá, papá! (El Sr. Webb deja su asiento y se dirige con ansiedad hacia ella.)
- Sr. Webb: ¡Emily! ¡Emily! Vamos, no te pongas así...
- Emily: Pero, papá, no me quiero casar...
- Sr. Webb: Vamos, Emily. Todo va perfectamente.



- Emily: ¿Por qué no puedo seguir como estoy por un tiempo más? Vámonos de aquí.
- Sr. Webb: No, no, Emily. Vamos, serénate y razona.
- Emily: No te acuerdas de lo que tú me decías siempre: ¡Qué yo era tu novia! Deben haber cientos de lugares a los que podamos ir. Yo trabajaré para ti. Yo podría cuidar la casa.
- Sr. Webb: Vamos... No debes pensar en esas cosas. Lo que pasa es que estás nerviosa, Emily. *(Se vuelve y llama.)* ¡George! ¡George! ¿Quieres venir aquí un momento? *(La lleva hacia George.)* Vamos, si te estás casando con el mejor muchacho del mundo. George es un muchacho magnífico.
- Emily: Pero, papá...
- La Sra. Gibbs regresa a su sitio. El Sr. Gibbs rodea a su hija con un brazo. Coloca la otra mano en el hombro de George.*
- Sr. Webb: Te estoy dando mi hija, George. ¿Crees que puedas cuidar de ella?
- George: Sr. Webb, quiero... quiero intentarlo. Voy a hacer mi mejor esfuerzo. Te quiero, Emily. Te necesito.
- Emily: Bueno, si me quieres, ayúdame. Todo lo que yo deseo es que alguien me quiera.
- George: Sí, Emily, yo lo haré.
- Emily: Quiero decir para siempre, ¿me oyes? Para siempre.
- Caen en brazos uno del otro; se escucha la marcha de Lohengrin, el Jefe de escenario, en el papel de sacerdote, se coloca sobre la plataforma del fondo.*

Sr. Webb: Vamos, están esperando. Ustedes saben que todo saldrá muy bien. Vamos, rápido.

*George se aleja rápidamente y se coloca junto al Jefe de escenario-sacerdote. Emily, del brazo de su padre, atraviesa el pasillo central de la iglesia.*

Jefe de escenario: George, tomas a esta mujer, Emily, por esposa para.....

*La Sra. Soames, que está sentada en la última fila de los asistentes, se vuelve hacia sus vecinos y habla con voz aguda. Su conversación apaga el resto de las palabras del sacerdote.*

Sra. Soames: ¡Una boda encantadora! La más preciosa que he visto. Me priva una buena boda. ¿A ustedes no? ¡Ay! Ella es una novia lindísima.

George: Sí.

Jefe de escenario: Emily, ¿tomas a este hombre, George, por esposo.....

*De nuevo las últimas palabras que pronuncia son ahogadas por las de la Sra. Soames.*

Sra. Soames: No recuerdo haber visto una boda tan bonita. Pero siempre lloro. No sé lo que me pasa, siempre lloro. Me encanta ver felices a los muchachos. ¿A ustedes no? ¡Ay, me parece preciosa!

*El anillo. El beso. La escena de repente queda estática, y forma un cuadro silencioso. El Jefe de escenario, la vista fija en la lejanía, como hablando consigo mismo:*

Jefe de escenario: He casado cerca de 200 parejas. ¿Acaso creo en eso? No lo sé. **A** se casa con **B**. Millones de matrimonios. La casa. Los

paseos en automóvil el domingo por la tarde, el primer ataque de reuma, los nietos, el segundo ataque de reuma, el lecho de muerte, la lectura del testamento. *(En este momento mira al público por primera vez, con una cálida sonrisa que quita cualquier asomo de cinismo a las palabras siguientes:)* Una entre mil veces, es algo interesante. Bueno, vamos a oír la Marcha nupcial, de Mendelssohn.

*El órgano ataca la Marcha. La novia y el novio regresan por el pasillo, radiantes, pero tratando de mantenerse muy dignos.*

Sra. Soames:

¿No hacen una pareja preciosa? Nunca he estado en una boda tan linda. Estoy segura que serán muy felices. Yo siempre lo digo: La felicidad, ¡eso es lo más grande! Lo importante es ser feliz.

La novia y el novio llegan a los escalones que conducen al público. Una luz brillante cae sobre ellos. Descienden hacia el público y corren por el pasillo alegremente.

Jefe de escenario:

Esto es todo el segundo acto, amigos.

**DIEZ MINUTOS DE INTERMEDIO.**

## ACTO TERCERO

*Durante el intermedio, el público ha podido ver a los operarios arreglando la escena. En la parte derecha del escenario, un poquito a la derecha del centro, diez o doce sillas corrientes han sido colocadas en tres filas ampliamente espaciadas; frente al público.*

*Son tumbas en el cementerio. Hacia el final del intermedio, los actores entran y toman su asiento; la primera fila como sigue: hacia el centro de la escena, una silla vacía, después, la Sra. Gibb y Simón Stimson. La segunda fila contiene, entre otros, a la Sra. Soames; la tercera fila, a Wally Webb.*

*Los muertos no vuelven la cabeza ni miran a la derecha o a la izquierda; se mantienen sentados con gran quietud, pero sin rigidez. Cuando hablan, su tono es muy simple, sin sentimentalidad y, sobre todo, sin ser nada lúgubre. El Jefe de escenario se coloca en el sitio acostumbrado y espera a que las luces del teatro se apaguen.*

Jefe de escenario: Han pasado 9 años, amigos, estamos en el verano de 1913. Algunos cambios graduales han tenido lugar en Grover's Corners. Los caballos se hacen cada vez más escasos. Los granjeros vienen al pueblo en su Ford. Todo el mundo pasa el cerrojo a las puertas de sus casas por la noche. Todavía no se han visto ladrones en el pueblo, pero todo el mundo ha oído hablar de ellos. Sin embargo, les sorprenderá saber que en conjunto las cosas no han cambiado por aquí.

Ésta es sin duda una parte importante de Grover's Corners. Está en lo alto de una colina, una colina con mucho viento, mucho cielo, muchas nubes, a menudo mucho sol y luna y estrellas.

Si ustedes vienen aquí una tarde despejada, podrán ver una cadena de colinas, completamente azules, por allá por los lagos Sunapee y Winnepesaukee... y mucho más allá, si tienen anteojos;

podrán ver las montañas Blancas y el monte Washington, donde están North Conway y Conway. Y, naturalmente, nuestra montaña favorita, e monte Monadnock, está por aquí y todos los pueblos a su alrededor: Jaffrey, East Jaffrey, Peterborough, Dublin y (Señalando al público) por allá abajo está Grover's Corners.

Sí, sí, es un lugar bonito. Laureles silvestres y lilas. A veces me pregunto por qué la gente querrá ser enterrada en Woodlan o Brooklyn cuando podrían estar aquí en New Hampshire. Por allá (Señalando a la izquierda del escenario.) están las lápidas antiguas, 1670, 1680. Gente de gran entereza que recorrió un largo camino para hacerse independiente. Los turistas pasas por ahí riéndose de las inscripciones en las tumbas... Eso no le hace daño a nadie. Y algunos genealogistas vienen desde Boston, pagados por la gente de allí, en busca de sus ancestros. Quieren estar seguros de que son hijas de la Revolución Norteamericana y del "Mayflower"<sup>1</sup>... Bueno, me imagino que eso no le hace daño a nadie tampoco. Dondequiera que nos acerquemos a la especie humana, encontraremos diferentes niveles de bobería...

Por allí están enterrados algunos veteranos de la Guerra Civil. Banderas de hierro en sus tumbas... Jóvenes de New Hampshire... Tenían la idea de que la Unión debía preservarse, aunque nunca habían visto más de 50 millas de ella. Todo lo que conocían era el nombre, amigos: Estados Unidos de Norteamérica. Y se

---

<sup>1</sup> *Daughters of the American Revolution and Mayflower*, Organización de Mujeres, fundada en Washington, en 1890, cuyos ancestros lucharon por la independencia norteamericana o descienden de los peregrinos del "Mayflower". (N. del T.\_

fueron a morir por eso. Esta que está aquí es la parte nueva del cementerio. Aquí está su amiga, la Sra. Gibbs y... déjenme ver... aquí, el Sr. Stimson, organista de la iglesia congregacional y la Sra. Soamers, a quien le gustó tanto la boda, ¿se acuerdan? Y muchos otros,. Y el niño del editor Webb, Wallace, a quien se le reventó el apéndice en un viaje con los Boy Scouts a Crawford Notch. Sí, una gran cantidad de penas han ido desapareciendo aquí arriba.

La gente, desolada por el dolor, ha traído a sus parientes a esta colina. Todos sabemos cómo es eso... y, después, el tiempo... y los días de sol... y los días de lluvia... y la nieve...

Todos estamos contentos de que ellos estén en un lugar agradable y venimos aquí a visitarlos cuando estamos más aliviados. Ahora bien, hay algunas cosas que sabemos, pero no pensamos en ellas muy a menudo. Todos sabemos que existe algo eterno. Y que no son las casas, los nombres, ni la tierra, ni siquiera las estrellas... todo el mundo sabe en el fondo que existe algo eterno, y que ese algo tiene que ver con los seres humanos. Todos los grandes hombres que han vivido, nos han estado diciendo eso por espacio de 5,000 años y, sin embargo, sorprende ver como las gentes siempre se están olvidando de ello. Hay algo en lo más recóndito que es eterno en cada ser humano. (*Pausa.*)

Ustedes saben tan bien como yo que los muertos no se interesan en nosotros, los vivos, por mucho tiempo. Gradualmente, poco a poco, pierden contacto con la tierra... y con las ambiciones que han tenido... y los placeres... y lo que han sufrido... y con las gentes que han amado.

Son enajenados de la tierra, así es como yo los veo, enajenados.

Y permanecen aquí mientras la parte terrestre de ellos se consume, y durante ese tiempo, lentamente, llegan a ser indiferentes a lo que ocurre en Grover's Corners.

Están esperando. Esperan por algo que presienten. Que ha de llegar. Algo importante y grande. ¿No estarán esperando por que la parte eterna de ellos salga a la luz? Algunas de las cosas que les van a decir, quizás lastimen sus sentimientos, pero es así; madre e hijo... esposas y esposos... enemigo y enemigo... el dinero y el avaro... todas esas cosas terriblemente importantes empalidecen en este lugar. ¿Y qué queda cuando la memoria nos abandona, y la identidad? (*Mira al público un momento, y después se vuelve al escenario.*)

¡Bueno, aquí vienen algunos vivos! Éste es Joe Stoddard, nuestro funerario, revisando una tumba acabada de abrir. Y aquí viene un muchacho de Grover's Corners, que dejó el pueblo para irse al Oeste.

*Joe Stoddard ha estado moviéndose en el fondo. Sam Craig, entra por la izquierda, secándose el sudor de la frente, producto de la caminata. Lleva un paraguas y avanza por el frente.*

Sam Craig: Buenas tardes, Joe Stoddard.

Joe Stoddard: Buenas tardes, buenas tardes. Déjeme ver: ¿lo conozco?

Sam Craig: Soy Sam Craig.

- Joe Stoddard:                    ;Por los clavos de Cristo! Debí haberlo imaginado que vendrías para el entierro. Has estado mucho tiempo fuera, Sam.
- Sam Craig:                        Sí, unos 10 años. Tengo negocios en Buffalo ahora, Joe. Pero estaba por el Este cuando recibí la noticia de la muerte de mi prima, así que pensé que podría arreglar las cosas por venir y ver mi antiguo pueblo. Te ves muy bien.
- Joe Stoddard:                    Sí, sí, no me puedo quejar. Muy triste la jornada de hoy, Samuel.
- Sam Craig:                        Sí.
- Joe Stoddard:                    Sí, señor. Odio tener que estar aquí cuando una persona joven es enterrada. Estarán aquí dentro de un momentico. Tuve que venir temprano hoy. Mi hijo está atendiendo la casa.
- Sam Craig:                        *(Leyendo las lápidas.)* El granjero McCarty, yo solía ayudarlo al salir de la escuela. Padecía de lumbago.
- Joe Stoddard:                    Sí, trajimos al granjero McCarty aquí hace un buen número de años.
- Sam Craig:                        *(Mirando fijamente, las rodillas de la Sra. Gibbs.)* Pero si ésta es mi tía Julia... se me había olvidado que ella... pero claro... claro...
- Joe Stoddard:                    Sí, trajimos al granjero McCarty aquí hace dos o tres años... más o menos por esta época. Y el de hoy es otro golpe duro para él.
- Sra. Gibbs:                      *(A Simón Stimson, con una voz inmutable.)* Ése es el hijo de mi hermana Carey, Sam...  
Sam Craig.



- Simón Stimson: Siempre me siento mal cuando ellos andan por aquí.
- Sam Craig: ¿Ellos escogen sus propios epitafios a menudo, Joe?
- Joe Stoddard: No... generalmente no. En su mayor parte son los dolientes quienes los escogen.
- Sam Craig: Esto no parece cosa de tía Julia. No quedan muchas de las hermanas Hersey ahora. Vamos a ver... ¿dónde están?... yo quería echar una ojeada a las de mis padres...
- Joe Stoddard: Por allá, con los Craig... avenida F.
- Sam Craig: (Leyendo el epitafio de Simón Stimson.) Era el organista de la iglesia, ¿no? Hmm... La gente decía que bebía mucho.
- Joe Stoddard: No se suponía que la gente lo supiera. Había tenido muchas contrariedades. (Como contando un secreto.) Se suicidó, ¿sabes?
- Sam Craig: ¿Ah, sí?
- Joe Stoddard: Se ahorcó en el desván. Trataron de silenciar el asunto, pero por supuesto se regó por ahí. Escogió su propio epitafio. Lo puedes ver.
- Sam Craig: Son algunas notas musicales. ¿Qué cosa es?
- Joe Stoddard: No sabría decirlo. Escribieron sobre eso en los periódicos de Boston por aquella época.
- Sam Craig: Joe, ¿de qué murió ella?
- Joe Stoddard: ¿Quién?

- Sam Craig: Mi prima.
- Joe Stoddard: Ah, ¿no sabías? Tuvo complicaciones al dar a luz. Era el segundo, sin embargo. Ha dejado un muchachito de unos cuatro años.
- Sam Craig: (*Abriendo su paraguas.*) ¿La van a sepultar por allí?
- Joe Stoddard: Sí, no hay mucho espacio aquí entre los Gibbs, así que están abriendo una nueva sección para los Gibbs en la avenida B. Tienes que excusarme. Veo que ya vienen.
- De la izquierda hacia el centro, al fondo de la escena, avanza un cortejo fúnebre. Cuatro hombres llevan un féretro imaginario. Los demás están bajo sus paraguas. Se pueden ver vagamente: el Dr. Gibbs, George, los Webb, etc. Se reúnen alrededor de una sepultura en el centro, al fondo, un poquito a la izquierda del centro.
- Sra. Soames: ¿Quién es, Julia?
- Sra. Gibbs: (*Sin levantar los ojos.*) Mi nuera, Emily Webb.
- Sra. Soames: (*Un poco sorprendida, pero sin emoción.*) Bueno, el camino hacia aquí debe haber estado todo fangoso. ¿De qué murió, Julia?
- Sra. Gibbs: De parto.
- Sra. Soames: Parto. (*Casi riéndose.*) Se me había olvidado todo eso. Dios mío, ¿no era horrible la vida? (*Con un suspiro.*) Y maravillosa.
- Simón Stimson: (*Mirando de reojo.*) ¿Maravillosa?

Sra. Gibbs: ¡Simón! ¡Por favor, recuerda!

Sra. Soames: Me acuerdo de la boda de Emily. ¡Una boda preciosa! Y me acuerdo de cuando leyó el poema de la clase en la ceremonia de la graduación. Emily fue una de las muchachas más brillantes que se graduaron en la escuela secundaria. Se lo he oído decir al director Wilkins una y otra vez. Los visité en su nueva finca un poquito antes de morir yo. Lindísima finca.

UNA MUJER DE ENTRE LOS MUERTOS: Está en el mismo camino en que nosotros vivíamos.

UN HOMBRE DE ENTRE LOS MUERTOS: Sí, muy buena finca.  
(Silencio. El grupo junto a la tumba comienza a cantar *Blessed Be the Tie That Binds*.)

UNA MUJER DE ENTRE LOS MUERTOS: Siempre me gustó ese himno. Esperaba que cantaran un himno.  
(Pausa.)

*Súbitamente Emily aparece por entre los paraguas. Lleva un vestido blanco. El cabello le cae sobre la espalda y lleva atada una cinta blanca como una niña. Avanza despacio y observa con asombro a los muertos, un poquito ofuscada. Se detiene a mitad de camino y sonrío débilmente. Después de mirar al grupo del entierro un momento, camina despacio hacia la silla vacía al lado de la Sra. Gibbs, y se sienta.*

Emily: (A todos, en voz baja, sonriente.) ¿Qué hay?

Sra. Soames: ¡Qué tal, Emily!

UN HOMBRE ENTRE LOS MUERTOS: Hola, Sra. Gibbs.

Emily: (Cariñosamente.) ¿Qué tal, mamá Gibbs?

Sra. Gibbs: Emily.

- Emily: ¡Qué hay! (*Sorprendida.*) Está lloviendo. (*Sus ojos se vuelven hacia el grupo del entierro.*)
- Sra. Gibbs: Sí... pronto se habrán ido, descansa.
- Emily: Me parece que hace mil años que... Papá recordaba que ése era mi himno favorito. Ay, ojalá hubiera estado aquí largo tiempo. No me gusta ser nueva. ¿Cómo le va, Sr. Stimson?
- Simón Stimson: ¿Qué tal, Emily?
- Emily mira alrededor de ella con una sonrisa vaga; como para quitarse de la mente la idea del entierro, comienza a hablar a la Sra. Gibbs con ligero nerviosismo.
- Emily: Mamá Gibbs, George y yo hemos convertido la finca en el mejor lugar del mundo. Pensábamos mucho en usted. Queríamos enseñarle el nuevo granero y un gran bebedero de cemento para el ganado. Eso lo hicimos con el dinero que usted nos dejó.
- Sra. Gibbs: ¿Yo les dejé dinero?
- Emily: ¿No se acuerda, mamá Gibbs, del legado que usted nos dejó? Vamos, eran más de 350 dólares.
- Sra. Gibbs: Sí, Emily, sí.
- Emily: Bueno, el bebedero tiene un dispositivo para que el agua no se derrame. Y el nivel nunca baja más allá de una marquita que tiene. Es de lo más bueno. (*Su voz se apaga y sus ojos se vuelven al grupo del entierro.*) Las cosas no serán igual para George sin mí, pero es una finca magnífica.

(De pronto mira directamente a la Sra. Gibbs.) Los vivos no comprenden, ¿verdad?

Sra. Gibbs: No, no mucho.

Emily: Están como encerrados en pequeñas cajas, ¿no? Me parece como si los hubiera conocido hace mil años... el niño mío está pasando el día en casa de la Sra. Carter. (Ve al Sr. Carter entre los muertos.) Ah, Sr. Carter, mi muchachito está pasando el día en su casa.

Sr. Carter: ¿Sí?

Emily: Sí, le encanta estar allí. Mamá Gibbs, tenemos un Ford también. Nunca nos da trabajo. Aunque yo no lo manejo. Mamá Gibbs, ¿cuándo desaparece esta sensación... de ser... uno de ellos? ¿Cuándo?

Sra. Gibbs: ¡Shhh! Ten paciencia y espera.

Emily: (Con un suspiro.) Ya sé, fíjese, ya terminaron. Se van.

Sra. Gibbs: ¡Shhh!

*Los paraguas desaparecen del escenario. El Dr. Gibbs se ha acercado a la tumba de su esposa y se para delante de ella un momento. Emily lo mira a la cara. La Sra. Gibbs no alza los ojos.*

Emily: ¡Mire! Papá Gibbs le ha traído algunas de mis flores. Se parece a George, ¿verdad? ¡Ay, mamá Gibbs, nunca me había dado cuenta antes de... los preocupados, y como... en la oscuridad que están los vivos! Mírelo. Yo lo quería tanto. De la mañana a la noche, así viven todos, preocupados. (El Dr. Gibbs se va.)

- LOS MUERTOS: Está un poquito más fresco ahora. Sí, la lluvia ha refrescado un poco. Estos vientos del noreste nunca cambian, ¿verdad? Si no traen lluvia, son tres días de vendaval.
- Una gran calma se apodera de la escena. El Jefe de escenario aparece en el sitio acostumbrado, fumando. Emily se incorpora súbitamente con una idea.*
- Emily: Pero, mamá Gibbs, uno puede regresar allá, entre los vivos. Lo siento. Lo sé. Hace un momento yo estaba pensando en la finca... y por un momento estuve allí, y el niño estaba en mis piernas, como que me llamo Emily.
- Sra. Gibbs: Sí, claro que puedes ir.
- Emily: Yo puedo regresar y vivirlo todo otra vez... ¿Por qué no?
- Sra. Gibbs: Todo lo que te digo es que no lo hagas, Emily.
- Emily: *(Dirigiéndose al Jefe de escenario.)* Pero es verdad, ¿no? Puedo ir y vivir otra vez allí.
- Jefe de escenario: Sí, algunos lo han intentado, pero pronto regresan aquí.
- Sra. Gibbs: No lo hagas, Emily.
- Sra. Soames: No, Emily. No es como tú piensas.
- Emily: Pero yo no quiero revivir un día triste. Escogeré uno feliz, escogeré el día en que supe por primera vez que quería a George. ¿Por qué va a ser doloroso? *(Todos guardan silencio. Su pregunta se dirige al Jefe de escenario.)*

- Jefe de escenario: Es que no sólo vas a vivirlo, sino que te verás a ti misma viéndolo.
- Emily: ¿Sí?
- Jefe de escenario: Y mientras te estás viendo, también ves lo que ellos, allá abajo, no conocen. Ves el futuro. Sabes lo que va a pasar después.
- Emily: ¿Pero eso es doloroso? ¿Por qué?
- Sra. Gibbs: Ésa no es la única razón por la cual no deberías hacerlo, Emily. Cuando hayas estado aquí más tiempo verás que nuestra estancia aquí tiene por objeto olvidarlo todo, y pensar sólo en lo que tenemos por delante, y estar preparados para eso que nos espera. Cuando hayas estado aquí más tiempo comprenderás.
- Emily: *(Suavemente.)* Pero, mamá Gibbs, ¿cómo podré yo jamás olvidar esa vida? Es todo lo que conozco. Todo lo que he tenido.
- Sra. Soames: Emily. No es prudente. Te lo digo, no lo es.
- Emily: Pero es algo que debo averiguar por mí misma. De todos modos voy a escoger un día feliz.
- Sra. Gibbs: ¡No! Por lo menos escoge un día sin importancia. Escoge el día más insignificante de tu vida. Será lo suficientemente importante.
- Emily: *(Para sí misma)* Entonces no puede ser después del matrimonio, o desde que el niño nació. *(Al Jefe de escenario, con ansiedad)* Puedo escoger un cumpleaños, ¿no? Escojo el día en que cumplí doce años.
- Jefe de escenario: Muy bien. El martes 11 de febrero de 1899. ¿Quieres alguna hora del día en especial?

- Emily: El día entero.
- Jefe de escenario: Empezaremos al amanecer. Recordarás que llevaba varios días nevando, pero había dejado de nevar la noche anterior y habían empezado a limpiar los caminos. El sol estaba saliendo.
- Emily: *(Con un grito, levantándose.)* Ésa es la avenida Central... la droguería de Morgan antes de que la redificaran... y ésa es la caballeriza.
- La escena en este acto nunca ha estado muy oscura, pero en este momento la zona izquierda del escenario se pone gradualmente muy brillante, con la brillantez de una fría mañana de invierno. Emily camina hacia la avenida Central.*
- Jefe de escenario: Sí, estamos en 1899, hace 14 años.
- Emily: Ay, éste es el pueblo que yo conocí cuando era niña. Y, mire, ¡ahí está la vieja verja blanca que rodeaba nuestra casa! ¡Ya se me había olvidado! ¡Me gusta tanto! ¿Están dentro?
- Jefe de escenario: Sí, tu mamá acaba de bajar hace un momento para preparar el desayuno.
- Emily: *(Suavemente.)* ¿Sí?
- Jefe de escenario: Y acuérdate: tu padre había estado fuera algunos días; regresó en el tren de por la mañana temprano.
- Emily: ¿Sí?
- Jefe de escenario: Había ido a su antiguo colegio a pronunciar un discurso, en Clinton, Nueva York.



- Emily: ¡Mire! Aquí viene Howie Newsome. Y ahí está nuestra policía. Pero él está muerto; él se murió. (*Las voces de Howie Newsome, el alguacil Warren y Joe Crowell se oyen a la izquierda del escenario. Emily escucha embelesada.*)
- Howie Newsome: ¡Soo! ¡Bessie! Buenos días, Bill.
- Alguacil Warren: Buenos días, Howie.
- Howie Newsome: Te has levantado temprano.
- Alguacil Warren: Hemos estado trabajando en el rescate de un tipo, casi se huela, por allá, cerca del barrio polaco. Se emborrachó y se quedó a la intemperie durante la helada. Se creía que estaba en su cama cuando lo empecé a sacudir.
- Emily: Pero, si ése es Joe Crowell...
- Joe Crowell: Buenos días, señor Warren. Buenos días, Howie. (*La Sra. Webb ha aparecido en la cocina, pero Emily no la ve hasta que ella llama.*)
- Sr. Webb: ¡Niños! ¡Emilym Wally...! Es hora de levantarse.
- Emily: ¡Mamá, estoy aquí! ¡Qué joven parece mamá! Nunca pensé que mamá había sido tan joven.
- Sra. Webb: Pueden venir a vestirse junto al fogón, si quieren; pero apúrense. (*Howie Newsome avanza a lo largo de la avenida Central y trae la leche hasta la puerta de la Sra. Webb.*) Buenos días, Newsome. ¡Qué frío hace!
- Howie Newsome: Diez grados bajo cero alrededor de mi granero, Sra. Webb.

- Sra. Webb: ¡Dígame usted! Manténgase abrigado.  
(*Lleva las botellas adentro, temblando.*)
- Emily: (Con un esfuerzo.) Mamá, no puedo encontrar mi cinta azul por ninguna parte.
- Sra. Webb: Abre bien los ojos, mi vida, la he puesto especialmente para ti encima de la cómoda. Si fuera una serpiente te mordería.
- Emily: Sí, sí... (*Se lleva la mano al corazón. El Sr. Webb avanza por la avenida Central, donde encuentra al alguacil Warren. Sus voces y gestos aparecen crecientemente vivos en la clara atmósfera.*)
- Sr. Webb: Buenos días, Bill.
- Alguacil Warren: Buenos días, Webb. Está usted levantado temprano.
- Sr. Webb: Sí, acabo de regresar de mi antiguo colegio en Nueva York. ¿Algún problema por acá?
- Alguacil Warren: Bueno, esta mañana me llamaron para rescatar a uno del barrio polaco. Estaba helado y a punto de morir.
- Sr. Webb: Hay que ponerlo en el periódico.
- Alguacil Warren: No ha sido mucho.
- Emily: (*Susurra.*) Papá.
- El Sr. Webb limpia la nieve de sus zapatos y entra en la casa. El alguacil Warren sale por la derecha.*
- Sr. Webb: Buenos días, mamá.
- Sra. Webb: ¿Cómo te fue, Charles?
- Sr. Webb: Ah, de lo mejor. Les dije unas cuantas cosas. ¿Todo bien por acá?

- Sra. Webb: Sí, nada especial, que yo recuerde. Ha hecho un frío tremendo. Dice Howie Newsome que alrededor de su granero hace diez grados bajo cero.
- Sr. Webb: Entonces hace más frío que por allá. Y eso que las orejas de los estudiantes se les están cayendo a pedazos. No hay derecho. ¿Algunas erratas en el periódico?
- Sra. Webb: Ninguna que yo sepa. Dime cuando quieras el café. (*Él se dirige hacia la escalera.*) Charles, no te olvides; es el cumpleaños de Emily. ¿Te acordaste de comprarle algo?
- Sr. Webb: (*Tanteando el bolsillo.*) Sí, aquí tengo una cosa. (*Llamando mientras sube las escaleras.*) ¿Dónde está mi niña? ¿Dónde está la niña del cumpleaños? (*Desaparece por la izquierda.*)
- Sra. Webb: No la interrumpas ahora, Charles. Podrás verla cuando desayune. Sabes lo lenta que es. ¡Niños, apúrense! Son las siete. No quiero volverlos a llamar.
- Emily: (*Suavemente. Más con asombro que con pena.*) No puedo soportarlo. Son tan jóvenes y tan guapos. ¿Por qué tuvieron que envejecer? Mamá, estoy aquí. Ya estoy crecida. Los quiero mucho a todos. No me canso de mirar. (*Mira interrogante al Jefe de escenario. Su mirada parece decir: “¿Puedo entrar?” Él asiente con la cabeza; ella avanza hacia la puerta interior que conduce a la cocina, a la izquierda de su madre, y hace como si entrara en la habitación. Su voz sugiere una niña de 12 años.*) Buenos días, mamá. (*La Sra. Webb va hacia ella y la abraza y besa como de costumbre.*)

- Sra. Webb: Bueno, le deseo un feliz cumpleaños a mi hijita. Tienes algunas sorpresas esperándote en la mesa de la cocina.
- Emily: ¡Ay mamá, no deberías haber... (*Lanza una mirada angustiada al Jefe de escenario.*) No puedo, no puedo. (*De frente al público junto al fogón.*)
- Sra. Webb: Pero cumpleaños o no cumpleaños quiero que te tomes todo el desayuno, despacito; quiero que crezcas y seas una muchacha fuerte. El paquete azul es de la tía Carrie y supongo que adivinarás quién te trajo el álbum. Lo encontré en el quicio cuando entré la leche. George Gibbs... Debe haber venido muy tempranito, a pesar del frío... Muy amable de su parte.
- Emily: (*Para sí misma.*) Ah, George. Se había olvidado que...
- Sra. Webb: Mastica el tocino bien y despacio. Te ayudará a mantenerte en calor un día como hoy.
- Emily: (*Con creciente urgencia.*) Mamá, pero, por favor, mírame un minuto como si realmente me vieras. Mamá, han pasado 14 años. Estoy muerta. Ya eres abuela, mamá. Me casé con George Gibbs. Wally también está muerto. Se le reventó el apéndice durante una excursión a North Conway. Nos causó una pena terrible, ¿no te acuerdas? Pero sólo por un momento estamos todos reunidos ahora. Mamá, somos felices sólo por un momento. *Vamos a mirarnos bien.*
- Sra. Webb: Lo que está envuelto en el papel amarillo es algo que encontré en el desván entre las cosas de tu abuela. Ya estás lo bastante crecida como para usarlo y pensé que te gustaría.

- Emily: Y éste es tu regalo. Mamá, es precioso y precisamente lo que yo quería. ¡Precioso! *(Pone sus brazos alrededor del cuello de su madre. La madre sigue cocinando, pero se nota que está muy satisfecha.)*
- Sra. Webb: Bueno, estaba segura que te iba a gustar. Lo busqué por todas partes. Tu tía Nora no pudo encontrar uno en Concord, así que tuve que mandarlo a buscar a Boston. *(Riendo.)* Wally también tiene algo para ti. Lo hizo en la clase de artes manuales en el colegio. Está orgulloso, acuérdate de demostrárselo. Tu padre también tiene una sorpresa. Yo misma no sé lo que es. Cuidado, aquí viene.
- Sr. Webb: *(Fuera de escena.)* ¿Dónde está mi niña? ¿Dónde está la niña del cumpleaños?
- Emily: *(En voz alta, al Jefe de escenario.)* No puedo, no puedo seguir. Todo es tan rápido. No tenemos tiempo de mirarnos bien. *(Estalla en sollozos. Las luces bajan en la mitad izquierda de la escena. La Sra. Webb desaparece.)* No lo sabía. Así que todo eso estaba pasando y nunca nos dimos cuenta. Lléveme a la colina, mi tumba. Pero antes: espere. Déjeme mirarlo una vez más.
- ¡Adiós! Adiós, tierra. Adiós Grover's Corners... Mamá y papá. Adiós al tictac de los relojes... y a los girasoles de mamá. Y a la comida, y al café. Y a los vestidos acabados de planchar... y a los baños calientes... y a dormir y despertarse... Ay, tierra, eres demasiado maravillosa para que la gente se dé cuenta. *(Mira hacia el Jefe de escenario y pregunta súbitamente, entre lágrimas.)* ¿Hay algún ser humano que se dé cuenta de lo que es la vida

- mientras la está viviendo... de cada minuto?
- Jefe de escenario: No. (*Pausa.*) Los santos y los poetas, quizás.
- Emily: Estoy lista para regresar. (*Regresa a su silla junto a la Sra. Gibbs. Pausa.*)
- Sra. Gibbs: ¿Fuiste feliz?
- Emily: No... debía haberles hecho caso. Los seres humanos están ciegos.
- Sra. Gibbs: Mira, está aclarando. Están saliendo las estrellas.
- Emily: Ay, Sr. Stimson, debí haberles hecho caso.
- Simón Stimson: (*Con creciente violencia, muy mordaz.*) Sí, ahora sabes. ¡Ahora sí que sabes! Eso es lo que es estar vivo. Moverse en una nube de ignorancia; caminar pisando los sentimientos de aquéllos... de aquellos que están contigo. Desperdiciar el tiempo como si tuvieras un millón de años por delante. Estar siempre a merced de alguna pasión egoísta. Ahora ya sabes que ésa es la exigencia feliz a la cual querías regresar. Ignorancia y ceguera.
- Sra. Gibbs: (*Con brío.*) Simón Stimson, ésa no es la verdad completa y tú lo sabes bien. Emily, mira esa estrella. Me he olvidado de su nombre.
- UN HOMBRE ENTRE LOS MUERTOS: Mi hijo Joe era marino; las conocía todas. Se sentaba en el portal por las noches y nombraba todas. Una por una. Sí, señor, así como lo oyen.
- OTRO HOMBRE DE ENTRE LOS MUERTOS: Una estrella es una gran compañera.

UNA MUJER DE ENTRE LOS MUERTOS: Sí, sí que lo es.

Simón Stimson: Aquí viene uno de ellos.

LOS MUERTOS: ¡Qué raro! A esta hora no suele venir ninguno de ellos. ¡Por Dios!

Emily: Mamá Gibbs, es George.

Sra. Gibbs: Silencio... Descansa.

Emily: Es George.

***George avanza desde la izquierda, lentamente.***

UN HOMBRE DE ENTRE LOS MUERTOS: Y mi hijo Joe, que conocía todas las estrellas, decía que pasaban millones de años para que esa luz llegara a la tierra. Parece increíble, pero eso es lo que él decía, millones de años.

***George se arrodilla y entonces cae a los pies de Emily.***

UNA MUJER DE ENTRE LOS MUERTOS: ¡Por Dios! ¡Ésa no es manera de comportarse!

Sra. Soames: Debería estar en su casa.

Emily: ¿Mamá Gibbs?

Sra. Gibbs: ¿Sí, Emily?

Emily: Ellos no comprenden, ¿verdad?

Sra. Gibbs: No, no comprenden.

*El Jefe de escenario aparece por la derecha; agarra con una mano una cortina oscura que lentamente corre sobre la escena. A lo lejos da la hora débilmente un reloj.*

Jefe de escenario:

Casi todo el mundo duerme en Grover's Corners. Hay sólo algunas luces encendidas. Shorty Hawkins, en la estación, acaba de ver pasar el tren de Albany. Y en la caballeriza se oyen las voces de algunos. Sí, va aclarando. Ahí están las estrellas haciendo sus acostumbrados viajes por el espacio. Los científicos no se han puesto de acuerdo sobre la cuestión todavía, pero parecen pensar que no existen seres vivos allá arriba. Sólo cal... o fuego. Sólo en este planeta no cesa el esfuerzo por seguir adelante. Pero el esfuerzo es tan agotador que cada 16 horas la gente se acuesta y descansa. (*Le da cuerda al reloj.*) Hmm... las once en punto en Grover's Corners. Que descansen ustedes también. Buenas noches.

**TELON**